



ALMAS EN EL VIENTO

La otra cara de lxs desaparecidxs

“ALMAS EN EL VIENTO”

La otra cara de lxs desaparecidxs
Libro de Crónicas

Elina Lucero. Legajo: 26474/6

Jazmín García Villarreal. Legajo: 26086/6

Director de TIF: Lucas Díaz Ledesma

Co-Directora: Silvina Souza

Elina Lucero. Legajo: 26474/6

Jazmín García Villarreal. Legajo: 26086/6

Director de TIF: Lucas Díaz Ledesma

Co-Directora: Silvina Souza

Fotografías de tapa: Omar Maraury

Agradecimientos

Queremos agradecer a nuestra familia y amigxs, a nuestro director Lucas Díaz Ledesma y nuestra co-directora Silvina Souza, por acompañarnos en esta etapa. A su vez pretendemos destacar a todas las personas e instituciones que nos contaron sus historias, nos transmitieron sus saberes y aportaron datos e información para poder crear este libro de crónicas:

En un principio nos parece necesario agradecer a las personas de la ciudad de Neuquén como las Madres de plaza de mayo filial Neuquén y Alto Valle por su amabilidad de abrirnos las puertas para compartir una tarde con ellas; a Pablo Scatizza, historiador, docente e investigador de la Universidad Nacional del Comahue; Natalia Hormazabal, abogada del CEPRODH Neuquén y Pablo Meuli del sindicato ATEN. También queremos darles las gracias a Teresa Aigo, Oscar Tricaleo Peucall, Natalia Curiman y Carlos Pichulman, por abrirse a contarnos sus historias.

Queremos agradecer particularmente a Mario Gutierrez y familia, quienes nos hospedaron en la ciudad neuquina y compartieron su interés sobre nuestro trabajo. Además queremos agradecer a Omar Maraury quién participó de la edición de este libro otorgándonos la posibilidad de mostrar sus fotografías para la composición de la tapa.

De la ciudad de Tucumán agradecemos a la organización ANDHES (Abogados y abogadas del norte argentino en derechos humanos y estudios sociales); así también a Víctor Altaliva, Angela Balderrama, Doña Felisa Arias de Balderrama, Doña Eva, Panchito Chaile (Cacique de Quilmes), Mario Arias y Eduardo Nieva (Cacique de Amaicha del Valle), por permitirnos contar la historia de sus comunidades.

De la misma forma queremos agradecer a la Comunidad Vicente Catrunao Pincén; Carmen Burgos, trabajadora del INADI; Gonzalo Mamani Soraire y Zulema Enriquez de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata; Diana Lenton, antropóloga del CONICET; y a la Comisión Permanente por la Memoria de La Plata.

Por último nos parece importante mencionar a dos personas que nos acompañaron en este proceso, brindándonos ayuda y parte de sus conocimientos. Ellos nos dieron la posibilidad de tener nuestros primeros acercamientos a la temática y entrevistados, por eso queremos recordar en este libro a Luis Pincén, lonko de la Comunidad Vicente Catrunao Pincén, y a Carlos Martínez Sarasola, antropólogo y escritor argentino.

ÍNDICE

Introducción.....	7
Bajo la sombra de los cóndores.....	11
Pewma: el lenguaje de la tierra.....	33
Aquí se respira lucha.....	36
Como vacas al matadero.....	38
Elpewma.....	40
Viaje a la clandestinidad.....	43
El despertar de los valles.....	55
Artesanas de los vellones.....	56
Esclavxs del azúcar.....	57
Azúcar amargo.....	60
El mensaje de los sueños.....	64
Espíritu setentista.....	67
Palabras finales.....	71



INTRODUCCIÓN

*“En América todos tenemos un poco de sangre originaria:
algunos en las venas y otros en las manos”*

Eduardo Galeano

Almas en el viento: la otra cara de lxs desaparecidxs, se propone contar una historia no hegemónica, una historia negada. Mediante el lenguaje cronicado, logramos producir nuevos relatos que se proponen ampliar el debate hacia un reconocimiento interseccional sobre memoria, pueblos originarios y desaparecidxs durante la última dictadura cívico-militar en Argentina ya que los organismos de Derechos Humanos no han incorporado, dentro de este estatuto, a lxs pueblos originarios. Fue por eso que comenzamos a preguntarnos: ¿Qué pasa con los relatos sobre lxs desaparecidxs de pueblos indígenas? ¿Cómo lxs incorporamxs si hay una historia que lxs niega?

Responder a estas preguntas nos llevó a recorrer distintas geografías de nuestro extenso territorio: paisajes de valles y llanuras, de ríos y lagos, pero también de edificios y villas. Narramos en estas crónicas las persecuciones, torturas, secuestros y desapariciones forzadas que sufrieron, durante la última dictadura militar, militantes barriales y sociales pertenecientes a comunidades originarias.

El camino nos fue acercando a las distintas historias que permanecen vivas en la memoria de Mario, Antonio, Carlos y Doña Catalina, personajes en torno a quienes se construyeron cada una de los relatos que componen esta tesis. Fueron ellos quienes, a través de sus comentarios, nos ayudaron a comprender que mientras exista un Estado blanco con privilegios, su lucha seguirá siendo invisibilizada. De ahí que esta tesis manifiesta la necesidad de salvar la memoria a partir del intento de darle voz a quienes nunca la tuvieron.

Estas crónicas salen a la luz en un momento muy especial. Si bien la historia del saqueo de los recursos naturales de esta Pachamama comenzó con la llegada de los primeros conquistadores -y no ha detenido su curso hasta nuestros días- América vuelve a sufrir la profundización de un modelo neoliberal que tanto puede provocar nuevos golpes de estado, como brindarle nuevas oportunidades al Fondo Monetario Internacional o incendiar vastas extensiones de selva para que las corporaciones ganaderas y sojeras extiendan e incrementen sus negocios. Este presente activa en nuestra memoria el recuerdo de un pasado no tan lejano: las luchas setentistas y su contexto histórico, en el que las garras del Plan Cóndor se ceñían sobre los luchadores sociales para arrebatarlos de la lucha por la defensa de los derechos de la humanidad. Es ahí, en ese contexto en el que miles de jóvenes estudiantes y obreros esgrimiendo ideologías que no siempre contemplaron la ancestral lucha de los pueblos campesinos originarios, se enfrentaron con valentía a las aves de rapiña. Pero también lo hicieron los representantes de esos pueblos, silenciosos, mimetizados, unidos a los otros sin pretender diferencias aunque el color de su piel denunciara otro origen étnico y otra cosmovisión.

Hoy las placas tectónicas comienzan a moverse. América Latina se está despertando, el corazón de la madre tierra late bajo nuestros pies y el pueblo es el vocero del dolor. Lxs oprimidxs están emergiendo. Ahora sí oímos el ruido de rotas cadenas. Bolivia levanta la Wiphala, Brasil la bandera del Orgullo Gay, Chile se suma agitando la Wallmapu, Colombia y Ecuador se liberan de las garras del FMI, Argentina agita la bandera verde por el Aborto Legal. La

voz de lxs vencidxs se empieza a escuchar desde la cordillera hasta el mar, en gritos unificados por la liberación popular. El camino que se emprende no es ciego. La rebelión sigue las huellas que hace cinco siglos iniciaron lxs oprimidxs y que, mucho más acá en el tiempo, continuaron luchadores como doña Catalina, Carlos, Mario y Antonio. Es bueno saberlo, es justo reconocerlo.



BAJO LA SOMBRA DE LOS CÓNDORES

Al escuchar a Mario nos dimos cuenta que desconocíamos por completo parte de nuestra historia. La cultura de los pueblos originarios -al igual que sus luchas y reivindicaciones- viven en los relatos orales. Sus narraciones no se encuentran en ningún papel, libro de historia o archivo de Organismos de Derechos Humanos. Y a pesar de todo siguen ahí presentes, esperando que alguien las reconozca.

Nos enseñó su historia, su lengua natal, su pelea por la reivindicación de la cultura originaria. Nos demostró que ellxs continúan peleando incansablemente por obtener los derechos que les pertenecen. Nos contó su vida para que nadie más pueda negarla. Y se sentía incómodo escucharla pero, ¿cómo no incomodarse a causa de la ausencia de información?

En ocasiones la memoria trae visiones de un pasado que aún persiste. Recorremos con nuestra mente imágenes que hoy siguen nítidas, recuerdos que nos siguen erizando la piel. Volvemos a escuchar ruidos o voces de personas que ya no están. Los sentimientos angustiantes aún nos hacen sollozar. El dolor y el miedo parecen interminables. Pero sus relatos se escuchan, se ven, se sienten. Su voz hace eco desde Buenos Aires hacia el resto de los países latinoamericanos.

Durante los años setenta la cultura nativa se vio afectada y negada por su propia gente. La violencia, la marginalidad, la discriminación, hicieron que las raíces originarias se ocultaran por completo. En esa época, subsistir era lo que primaba. No solo se cambiaban sus nombres y apellidos, también debieron ocultar sus prácticas ancestrales. No había el We Xipantu durante el solsticio de invierno para los Mapuches. Tampoco el Inti Raymi para lxs andinos. La Pachamama ya no era alimentada, las coplas ya no eran cantadas, los ancestros no tenían su ofrenda, el fuego ya no permanecía encendido durante varios días.

Aun así algunxs no quisieron ocultarse. Sus gargantas enfurecidas no podían callar. En las villas, provincias, ciudades y montañas sabían que debían esperar, con la paciencia de sus raíces, el momento oportuno para su liberación. Como sus ancestros pero en una geografía diferente, continuaron la lucha por el reconocimiento, por los territorios y por la liberación de América Latina; frente a opresores que siempre han intentado destruir por completo su cultura y formas de organización.

...

La bandada de cóndores volaba en círculos por las altas cumbres. Tenían una vista privilegiada. Eran lxs dueñxs de todos los paisajes latinoamericanos. Se pasaban de garra en garra los telegramas con las coordenadas de los escondites de sus futuras presas.

Planeaban minuciosamente sus ataques despiadados. Su deporte más extremo eran los “vuelos de la muerte” donde arrojaban a sus presas con vida a los mares, ríos o bosques. Les divertía atrapar a sus enemigxs. Se deleitaban persiguiendo y eliminando a militantes políticxs, sociales, sindicales, barriales y estudiantiles de todas las regiones.

Eran aves de gran poder pero no tanto como el águila norteamericana. A las águilas les gustaba sentir el olor de la carroña. Ese olor de cuerpos descompuestos sobre la

tierra, que habían sido cazados por sus secuaces del sur. Les gustaba posarse sobre las montañas más altas y tener el control. Vigilaban, daban órdenes y sentían desde lejos sus victorias putrefactas.

...

Mario se encontraba en la Estación Federico Lacroze; nos estaba esperando en el bar “El gallego”, que se encuentra dentro de la misma, en la esquina que mira al cementerio de la Chacarita. Desde afuera no se podía ver lo que sucedía adentro. La gente corría para poder llegar al subte o al tren, las bocinas de los autos y colectivos indicaban que ese caos era hora pico en la ciudad.

Sin embargo, él estaba en un rincón, con esa tranquilidad que lo caracteriza. Comía lentamente un tostado de jamón y queso, y saboreaba un jugo de naranja que había pedido minutos antes.

Cuando entramos al bar buscamos su cara entre las personas, y ahí estaba, con una trenza en su cabello lleno de canas, una camisa violeta y un chaleco de lana gris. Sobre la mesa se encontraba su gorra marrón y dentro de ella unos lentes cuadrados. Levantó la cabeza, nos miró serio y nos dijo: ¿Ustedes son los periodistas? Le dijimos que sí. Le comentamos el proyecto que teníamos y, de a poco, la historia comenzó a viajar.

Mario llegó a la Argentina en el año 1966 desde el Estado Plurinacional de Bolivia, escapando de la dictadura militar que atormentaba a aquel país. En aquellos años los militares debieron enfrentarse a los movimientos guerrilleros que estaban actuando en las regiones montañosas.

Bolivia en 1966 estaba gobernada por una dictadura, dirigida por el general René Barrientos, que había puesto fin a la revolución nacionalista-popular

iniciada en 1952. La población era mayoritariamente campesina e indígena. Muy pocos eran lxs que podían trabajar y vivir de la tierra porque los gobiernos militares se habían adueñado de su ganado, cosecha y las parcelas que tenían. De esta forma, comienza a migrar la población boliviana a los centros mineros buscando una salida laboral. Muchxs eran lxs que trabajaban en las minas dejando sus vidas, ya que cargaban el polvo en sus espaldas. Esxs cuerpxs derrotados por las condiciones inhumanas, volvían a los pocos años a sus comunidades para poder morir en la tierra que lxs vio nacer.

A fines de 1966 se instaló un foco guerrillero internacionalista en Ñancahuazú, en el límite de la zona montañosa con los llanos secos del chaco boliviano. Estaba comandado por el argentino-cubano Che Guevara. La acción desencadenó una gran operación militar represiva del ejército boliviano, que contaba con un activo apoyo de los Estados Unidos mediante la CIA y la coordinación de inteligencia con los demás países sudamericanos. Allí se utilizó por primera vez en América las tácticas de guerra sucia, desarrolladas en la Escuela de las Américas de Panamá.

...

La guerra fría mantuvo al mundo dividido en dos campos antagónicos. Por un lado se encontraba el águila rusa, con su cabeza negra y su plumaje blanco en la cola, las patas y los pliegues de las alas. Del otro lado, el águila calva norteamericana con su cabeza blanca y plumaje negro.

Sus cabezas no sólo llevaban un color opuesto, sino también una ideología. Ambos que-

rían imponer un orden político, social y económico distinto. Era una guerra en el silencio, porque lo hacían desde el espionaje y sabotaje. Pero el silencio repercutía constantemente en paisajes estratégicos, usando a fieles secuaces a actuar sangrientamente para poder lograr destruir a su oponente.

Tenían hambre de poder, y estaban dispuestas a hacer cualquier cosa para lograr saciarse. Es así que en 1946 el águila calva creó la llamada “Escuela de las Américas” en Panamá. Allí convocaría a sus amigxs los cóndores a entrenarse para lograr derrotar a su enemigo interno, aquellxs que tenían ideas concordantes según sus conceptos con las águilas rusas.

Durante casi cuarenta años fueron enviados cóndores procedentes de distintos países latinoamericanos para instruirse en técnicas de “contrainsurgencia”: interrogatorios mediante torturas, infiltración, inteligencia, secuestros y desapariciones de opositores políticos, combate militar, guerra psicológica. Contando incluso con manuales de tortura y contrainsurgencia de la Agencia Central de Inteligencia de Norteamérica (CIA) para este fin.

Se retomaba así la experiencia que el ejército francés había recogido en las guerras coloniales de Indochina y Argelia y que, posteriormente, lxs norteamericanxs perfeccionaron en la guerra de Vietnam. Para la aplicación de esta doctrina contrainsurgente, el ejército francés instaló una delegación permanente en Argentina.

Se dejaban de lado las hipótesis de conflicto que preveían un enfrentamiento armado con países limítrofes. Las fronteras dejaron de ser geográficas y se transformaron en ideológicas. El enemigo era el enemigo interno, la propia población. Era la plena vigencia de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

A los cóndores les gustaba la idea de saborear las víctimas y deseaban poder aplicar las técnicas que habían aprendido. Es de esta forma que comienzan a darse una serie de golpes militares en los distintos países del Cono Sur. La primera se da en el año 1954 en Paraguay. Le sigue el golpe de 1964 en Brasil. Luego en 1971 le toca a Bolivia. Y en el año 1973 son dos los países protagonistas: Chile y Uruguay. Quedaba así, en el medio de la escena, la república Argentina, que tuvo su última dictadura militar en 1976.

Enceguecidos por el hambre de poder y orden, los cóndores comenzaron a formar su propio plan conjunto. Las víctimas se refugiaban en los países que aún no habían sido golpeadas, pero no podrían esconderse por mucho tiempo más.

...

Mario era el menor de doce hermanxs. La producción de sus tierras no alcanzaba para alimentarse y él no quería que su vida terminara en las minas. Con gran esfuerzo pudo llegar a la universidad de San Simón de Cochabamba, donde estudiaría por pocos años.

En su segundo año universitario junto con otrxs compañerxs con los que entabló una gran amistad, participó de una movilización. El 24 de junio de 1966 lxs estudiantes realizaron una conmemoración a la masacre de Uncía, ocurrida en 1923, una de las represiones más brutales que había sufrido el movimiento obrero y minero boliviano.

Al día siguiente una fila de hombres civiles del ejército apareció en su casa. Uno llevaba en su mano derecha una foto. Era una imagen de la movilización donde, con su dedo, marcaba las caras de sus ocho compañerxs junto con la suya. Tenían 48 horas para dejar Bolivia o, como Mario nos cuenta, eran “boleta”.

Fue así como decidió migrar a la Argentina. Tenía solo 23 años cuando se cargó su bolso al hombro y vino a este país en busca de trabajo. Pero junto a él también migró su pensamiento de la liberación nacional, que lo llevaría más adelante a ser uno de los referentes más importantes de la Villa 31.

Sus ojos marrones se inundan de lágrimas, sus manos comienzan a temblar. Suavemente acerca sus labios gruesos a la bombilla y absorbe el jugo de na-

ranja. Come un poco del tostado, que intenta tragar junto con el nudo que hay en su garganta y dice:

-La lucha aquí o allá era igual porque queríamos la liberación nacional del continente-

Pero era el hombre americano, de montañas y selvas, de Guevara y de revolución que abrió sus brazos y acobijó a todxs lxs hermanxs que buscaban lo mismo: un continente sin distinción de raza, un continente sin distinción social. Comenzó a recordar a lxs compañerxs que perdió, y lxs enumeró uno atrás del otro. Cada nombre era importante. Una lista incontable de historias en la villa.

Los procesos de industrialización al igual que la migración masiva de la población rural hacia la Capital Federal, dieron paso a la creación de las villas. La expansión de los asentamientos informales se aceleró durante la década de 1940; dando lugar al “Barrio de Inmigrantes”, habitado por italianos, y a “Villa Saldías”, integrado por varias familias de ferroviarios.

Los planes para la erradicación de villas comienzan a formularse en el año 1956. Pero este plan tuvo sus continuaciones en la historia. Dos fueron los que repercutieron a nivel de agresión e intensidad: el del año 1966 y el de 1976. De esta forma lxs villerxs comenzaron a organizarse para contraponerse a estos gobiernos.

En 1962 la Dirección de Estadística de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, realizó un censo donde marcaba el número de personas que habitaban las villas de emergencia. Había 42.462 personas viviendo en 30 asentamientos distintos, repartidos por la ciudad. Las villas se fueron constituyendo como un “problema a resolver” para la mirada de los gobiernos

de turno; es así que aparece una historia extensa y cíclica sobre los planes de erradicación.

José Valenzuela fue uno de los impulsores de la creación del “Frente villero” en el año 1969. Las villas eran verdaderas centrales obreras, con mucha presencia de portuarios que hicieron posible el vínculo entre los vecinos y la CGT de los Argentinos. La organización fue tomando forma, intentado poner fin a los desalojos. El principal objetivo era la urbanización del asentamiento, convertir las villas en barrios obreros. En este sentido la organización villera se destacó por sobre otras.

Al estar pobladas por obrerxs, se crearon prácticas organizativas vinculadas al sindicalismo de base, dando origen a delegados, comisiones vecinales y coordinadoras. Las agrupaciones territoriales de base local se agruparon en torno a una organización mayor, que coordinó acciones conjuntas para distintas villas de la ciudad de Buenos Aires. Se fueron gestando planes de lucha, huelgas y plenarios sindicales. Esta organización se vio reforzada por el apoyo de una parte de la Iglesia Católica, vinculada al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

En este marco la Municipalidad de Buenos Aires dio reconocimiento legal al Frente Villero de Liberación Nacional, donde la ideología predominante era el peronismo. La llegada de Héctor Cámpora al gobierno trajo consigo un plan de vivienda, que revelaría la política económica, ya que generaría empleo y paliaría el déficit habitacional. Es así como se anunció que se construirían 500.000 unidades y aperturas de nuevas líneas de créditos para cooperativas, sindicatos y familias.

El plan de erradicación de villas aún continuaba en el pensamiento político. Mediante el Plan Alborada, se efectuaría la erradicación y traslado de lxs pobladores a complejos habitacionales ubicados en zonas periféricas. Estas políticas estuvieron a cargo de Ministerio de Bienestar Social, encabezado por José López Rega.

Frente a esta situación, el 20 de Octubre de 1973 se realizó en Santa Fe el primer Congreso Nacional, con la presencia de las 365 villas del país. El aula Magna de la Universidad Nacional del Litoral fue testigo de los debates. Los delegados se dividieron en cuatro mesas de trabajo donde se abordaron varios temas, entre ellos, la posibilidad de conformar cooperativas y empresas populares en las villas. Finalmente se realizó un plenario donde fueron expuestas las propuestas, llegando a la conclusión de que el Frente Villero debía “apoyar y defender” al gobierno y resistir frente al posible golpe Estado que se estaba gestando.

Para comunicar estas resoluciones a los gestores del Plan Alborada, un grupo de cuarenta delegadxs se dirigió al Ministerio de Bienestar Social a principios de Diciembre. El grupo no estaba conformado solamente por habitantes de la Villa 31, sino que además estuvo presente Vidal Giménez, representante por las villas de capital en la Mesa Ejecutiva Nacional formada en el congreso de Santa Fe. Este delegado planteó a los funcionarios del ministerio que se había acordado un plan alternativo a la política de erradicación. Este plan implicaba entre otras cosas, el mejoramiento de las villas con la totalidad de la mano de obra contratada entre habitantes de los mismos barrios, de manera que esta fuente trabajo hiciera posible el pago de las cuotas para las viviendas.

Lxs vecinxs le dieron origen al Movimiento Villero Peronista. Mario en ese momento era el presidente del Barrio Martín Güemes de la Villa 31. Las calles de Buenos Aire se coparon de carteles hechos con bolsas de arpillerá y cartón, que hacía referencia al Movimiento Villero Peronista, a Montonerxs y a Descamisadxs. Los bombos y las cucharas contra las cacerolas sonaban al compás de “no al desalojo”, mientras el humo negro de las gomas quemadas se esparcía por el ambiente.

Lxs obrerxs, sin camisas y con pantalones marca ombú, agitaban fuertemente la bandera Argentina. La rebelión popular había conseguido varias cosas, pero aún no se había logrado la reforma del código penal para que

ellxs pudieran habitar las villas. Frente a este escenario, que se estaba colmando de violencia institucional, el Frente Villero decidió dar inicio a un nuevo Congreso.

La ciudad de Córdoba fue la sede seleccionada para desarrollar durante el 19 y 20 de enero de 1974 el segundo Congreso Nacional de villerxs. A este se le sumaba un nuevo tema de discusión: la radicación de lxs extranjeroxs. Las conclusiones cerraron en solicitar en nombre de este congreso una entrevista con el Gral. Perón para interiorizar la marcha que se estaba gestando y comentarle los objetivos que tenía el movimiento.

Al regresar a la ciudad de Buenos Aires los referentes de la villa 31 pusieron en marcha el plan. El día 23 de enero de 1974 recibieron un llamado de Perón a la Quinta Presidencial de Olivos donde asistirían lxs delegadxs de los seis barrios de la villa: YPF, Comunicaciones, Güemes, Inmigrantes, Laprida y Saldías.

Le entregaron al General la documentación que tenían, con todos los planos realizados por los estudiantes de la Facultad de Arquitectura e Ingeniería, que mostraban cómo querían las casas. Perón le pasó los planos a Lopéz Rega, miraron a lxs delegadxs y le dijeron: “Nuestro deseo es erradicar totalmente las villas de emergencia especialmente por los chicos, porque son peligrosas. Es ahí donde surgen las epidemias por falta de servicios y de higiene natural, porque están apiñados uno encima del otro y porque están en zonas de contaminación que es otra cosa que hay que ir eliminando”. Bajo el pretexto de que era un “deber” del gobierno, lxs obrerxs se irían alejando cada vez de las zonas urbanas, de los colegios de sus hijxs y sus lugares de trabajo.

La centralidad de las villas en la agenda del Ministerio de Bienestar Social, tuvo como correlato directo un temprano despliegue de la violencia estatal sobre estos territorios. Fue en ese ministerio donde empezaron a entrenar los integrantes de la organización parapolicial conocida como Alianza Anticomunista Argentina o Triple A, que tuvo entre sus primeros blancos a figuras emblemáticas de las villas.

Las pocas cosas que tenían lo habían conseguido gracias a su organización villera. Las manifestaciones en los años 70 eran por la vivienda, por la luz, el agua. Cosas esenciales de la vida humana. Mario recuerda el año 74, dónde llamaron a una reunión vecinal para organizarse y hacer una manifestación.

Lxs villerxs queríamxs cambiar la historia de aquel momento, siendo jóvenes. Así nos comprometimos y trabajamos hasta que llegó la dictadura y sufrimos las consecuencias. Consecuencias como la clandestinidad, la persecución; muchxs compañerxs fueron secuestradxs, desaparecidxs.–nos cuenta Mario, mientras sujeta fuertemente la gorra que está sobre la mesa.

Cerraba los ojos y estaba de nuevo ahí. Caminando por las calles de barro. Con las zapatillas mojadas por el agua estancada. El paisaje estaba formado por las casas de madera o de ladrillos a la vista. Lxs niñxs jugando con palos y pelotas emparchadas. Jugaban entre los escombros de maderas, ladrillos y alambres tirados por todos los rincones.

El sonido de los martillos era constante. Ladrillos, baldes y herramientas paseaban por las calles. Muchxs de lxs vecinxs eran albañiles o carpinterxs. Las mujeres, con vestidos que les llegaban hasta debajo de la rodilla, tenían la ropa en las sogas luego de estar fregando por una cantidad excesiva de horas.

Se escuchaban frases en guaraní. Podías ver a lxs niñxs chapoteando en el barro. Por la noche se percibían llantos desconsolados o risas genuinas. De día se oía la canilla abierta de la esquina, instalada sobre un bloque de cemento, que abastecía los baldes de agua para los vecinos. Arriba los cables de los postes de luz hacían del cielo un cuadro abstracto.

Las panzas hinchadas por la falta de comida, el olor de aguas servidas, los agentes contaminantes en contacto con la piel; y no había hospital cerca para atender a los padecientes. Esa era la realidad que se vivía, la imagen de las desigualdades sociales.

...

El Plan Cóndor fue un sistema formal de coordinación represiva entre los países del Cono Sur, que funcionó desde mediados de la década del setenta hasta iniciado los años ochenta, para la recolección, intercambio y almacenamiento de datos de inteligencia en América del Sur.

La coordinación represiva atravesó diferentes fases: la primera consistía en la realización de una base centralizada de información sobre los movimientos de guerrillerxs, partidos y grupos de izquierda, sindicalistas, religiosxs, políticxs liberales y supuestos enemigxs de los gobiernos autoritarios involucrados en el plan.

Sabían que sus presas se encontraban en barrios, villas, universidades, en centros culturales, o incluso en el medio de la selva. Allí entraban en acción lobos con piel de cordero, que vestidos de civiles indicaban a los carroñeros a quien debían desaparecer.

Estos grupos de tareas marcaban las casas, se infiltraban como estudiantes, amigxs o familiares; espían ocultos en autos verdes o blancos. Disimulaban su presencia detrás de los diarios, y en los bancos de las plazas o en los cafés de las grandes ciudades observaban con atención a los presuntos sospechosos. Su trabajo finalizaba cuando redactaban por escrito los informes que describían a su presa.

En la segunda fase se identificaba y atacaba a los considerados “enemigxs” políticxs a nivel regional, con desapariciones forzadas de personas, con métodos de tortura despiadados y enfrentamientos fraguados que justificaban los asesinatos cometidos en los espacios públicos.

Tiraban abajo las puertas de las casas y rompían todo lo que entorpecía su paso. Amedrentaban y asustaban a sus familiares. Una vez que “chupaban” a su víctima la subían a golpes y empujones a un vehículo. Luego del tortuoso viaje, se los encerraba en escondites donde pasarían noches de frío, sufrimiento y terror.

Las disposiciones del lugar estaban conformadas por diferentes áreas donde convivían y transitaban los matones, quienes se encargaban de vigilar y hacer confesar a sus presas con técnicas abusivas.

Un grupx de interrogadores-torturadores, bajo la supervisión de un médico, realizaban su horrible labor, a patadas, golpes, gritos e insultos. El primer picanazo eléctrico comenzaba cuando la víctima no respondía ninguna pregunta. El tiempo se hacía interminable. Solo se descansaba cuando el médico observaba que el corazón ya no resistía.

La aplicación de la tortura dependía de la planificación represiva, que tenía como principal objetivo generar información y destruir -por medio de la denigración, el menosprecio y el miedo- al ser humano. Intentaban cambiar con violencia y una continua presión psicológica, los valores morales y políticos de lxs secuestradxs.

Finalmente el plan se cerró con la tercera fase que consistió en operativos fuera de la región para encontrar y eliminar personas que se hallaban en otros países de América y Europa.

Los documentos desclasificados muestran que Estados Unidos proporcionó inspiración, financiamiento y asistencia técnica a la represión y plantó las semillas de la Operación en su totalidad. La CIA promovió una mayor coordinación entre los servicios de inteligencia de la región y también suministró equipos de tortura eléctrica a brasileñxs y argentinx; y ofreció asesoramiento sobre el grado de shock que el cuerpo humano puede resistir. Los agentes de seguridad latinoamericanos también recibieron entrenamiento para la fabricación de artefactos explosivos.

...

En 1974 el Ministerio de Bienestar Social construyó casas pequeñas, idénticas y colindantes, para ofrecerlas a los delegados de las villas. Las mismas se ubicaban en las afueras de la capital federal, y eran la estrategia que utilizaban para comunicarles que querían erradicar las villas. Su plan consistía en partir el barrio y su organización.

Lxs delegadxs y vecinx del asentamiento deciden hacer algo al respecto, y toman la iniciativa de marchar hasta Plaza de Mayo para pedirle al gobierno viviendas dignas y la urbanización del barrio. Pero la movilización, el reclamo, tendría sus consecuencias. Allí murió el primer villero, un vecinx de Mario en el barrio De Güemes.

Alberto Chejolán tenía 34 años. Fue compañerx de Mario dentro de la organización del Movimiento Villero Peronista. Un amigx, un vecinx, que salió a la calle a pedir por derechos elementales como la vivienda. La movilización estaba repleta, apenas se podía pasar. Eran el foco de atención de una ciudad que le daba la espalda todos los días.

Alberto era unx más. Con su cabello negro y corto, la camisa blanca desprendida hasta la mitad, los vaqueros rectos y sus mocasines negros del trabajo. Caminaba junto a su mujer que, como muchxs otrxs, llevaba esos típicos vestidos floreados con suecos gastados de tanto uso. De un momento al otro vieron como la movilización se paró. Se empezaron a escuchar gritos, y las banderas se agitaban con más ansias. Lxs de atrás sabían que algo estaba deteniendo a la pacífica marcha. Alberto se adelantó para ver lo que pasaba.

Estaba en la primera fila, con mujeres y hombres gritando a su alrededor. Tenían enfrente a la infantería esperándolos. Eran fáciles de reconocer, con esa vestimenta característica. Los cascos verdes, pantalones de montar sostenidos por dos tiradores enganchados en sus cintos, botas largas hasta

la rodilla y las armas colgando de las cinturas. Preparados para atacar, comenzaron a tirar gases lacrimógenos pero lxs villerxs resistían, no se iban a marchar.

El ruido de la Itaka hizo saltar a los corazones, despabilar a lxs dormidxs. Las manos agarraban las caras, las bocas se abrían. Gritos, lágrimas, corridas, desesperación. La bala recorrió dos metros de distancia e impactó en las costillas de Alberto. Su cara se congeló, su cuerpo cayó sobre el asfalto. La camisa blanca se fue tiñendo de rojo.

Tiraban tiros hacia el cielo. La gente corría, volvían para atrás, menos el cuerpo de Alberto. Quedó solo tirado frente a la fila de policías. Su mujer, parada detrás de él, llorando desconsoladamente mientras la gente corría por los costados. Intentaron sacarla, la zamarrearon para que reaccione y se corra de la escena. Pero ella desistió. A los pocos minutos ya no quedaba nadie. Infantería se retiraba, dejando el cuerpo de Alberto ahí. No les importaba, nadie se preocupaba por la vida de un villero. El gobierno peronista que tanto le había dado al pueblo, esta vez le dio la espalda.

El 11 de mayo de 1974, poco después de la muerte de Chejolán, otrx era la víctima que se cobraban las fuerzas represivas del estado. Esta vez le tocaba a la figura emblemática del Padre Carlos Mugica. El asesinato tuvo lugar poco después de que Mugica saliera de la Parroquia San Francisco Solano, donde había oficiado una misa vespertina.

Era el lugar perfecto para cometer el crimen porque sabían que si lo hacían en las inmediaciones de la Villa 31, lxs vecinxs castigarían a lxs asesinxs. Por eso encontraron la estrategia perfecta, en la calle Zelada 4771 en el barrio porteño de Villa Luro. El sacerdote se encontraba a punto de subir a su auto Renault 4 azul estacionado en la puerta de la iglesia, cuando fue emboscado por unxs hombres de la Triple A.

Recibió 15 impactos de ametralladora. Mugica, arrastrándose por el suelo, dejando su sangre desparramada en las calles de tierra, logró llegar a una pared que usó de respaldo para poder estabilizarse. A las pocas horas, mientras los vecinos trataban de despertarlo, fue trasladado al Hospital Salaberry donde falleció cerca de las diez de la noche.

El hecho violento causó un profundo dolor entre los villeros. Un multitudinario cortejo fúnebre, donde asistieron alrededor de 5.000 personas, acompañaron el cuerpo de Mugica desde la Capilla Cristo Obrero, situada en el sector Comunicaciones de la Villa 31, hasta el Cementerio de Recoleta. El cura tercermundista tenía sólo 43 años. Era un símbolo de las luchas por las mejoras de la villa. Las balas quisieron callarlo para siempre, pero la memoria de la gente y las paredes pintadas con su figura demuestran aún en la actualidad que no lo lograron.

Tras los asesinatos de Mugica y Chejolan, la represión en las villas de Buenos se intensificó. Su auge llegó a partir del golpe del 24 de marzo, cuando se desplegó sobre estos espacios de la ciudad una intensa represión selectiva, que tuvo como saldo trágico, la desaparición de numerosos referentes territoriales. La Triple A de José López Rega se cobraba otras víctimas. El miedo empezaba a asomarse en plena democracia.

...

El cóndor argentino se distinguía fácilmente del resto. En su cresta llevaba una gorra verde oliva, que era parte de su uniforme diario. La misma contenía el Escudo Nacional bordado con canutillos de oro sobre un paño color rojo. Su plumaje, o chaquetilla, mostraba el mismo color que su gorra. En ambas solapas del cuello aparecía bordado, también en oro, el emblema característico de su rango militar: las dos ramas curvas de un roble conformadas por cinco hojas de cada lado, intercaladas con cuatro bellotas.

Cumplía rigurosamente con el reglamento militar de vestimenta. El plumaje de su cabeza era corto, color negro oscuro y su largo no alcanzaba el cuello del uniforme. Su frente y orejas permanecían siempre al descubierto. Portaba un bigote, y estaba tan meticulosamente recortado, que no sobrepasaba en su caída a la comisura de sus labios ni tampoco el límite del contorno superior.

Aquel cóndor argentino portaba un nombre terrorífico. Era quien dirigía a otros de su especie a cometer los delitos más inhumanos que podemos imaginar. Su crueldad, su sed de sangre y dólares americanos, lo hacía volar por encima de otros en busca de poder y control.

Jorge Rafael Videla, el cóndor argentino, comenzó a ser visto en la escena política como Comandante General del Ejército en 1975. Bajo la presidencia de María Estela Martínez de Perón, más conocida como Isabelita, había encontrado un espacio para ensayar los planes del terror.

El 5 de febrero de 1975 se firmó el Decreto número 261/75, que ordenaba ejecutar las operaciones militares que fueran necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actuaron en la provincia de Tucumán. Con estas normas, se generalizaban las prácticas represivas para hacer frente a la guerrilla rural que se había establecido en la selva tucumana.

Operativo Independencia; así lo nombraron. Fuerzas armadas integradas por militares, policías y personal de inteligencia, se encargaron de secuestrar, torturar y asesinar a cientos de personas. Aunque esto no podía ser realizado sin la ayuda de otras aves: los pajarracos contratados. Los llamaban la Triple A, esas aves vestidas de víctimas pero que en realidad eran tan cómplices como los cóndores.

Los valles Calchaquíes habían sido escenario de las luchas históricas de los Amaichas y la resistencia de los Quilmes. Durante los años setenta volvieron a ser testigos de las gestas que proclamaban la liberación de los pueblos.

Los modos de denominar cada operativo o accionar militar hacían alusión a la cultura de los pueblos originarios. Hablar de Independencia les recordaba ese sabor amargo que

había traído una segunda colonización. Las luchas por la independencia concluyeron por darles otra forma de sumisión en el nuevo sistema capitalista.

Nombrar al golpe como un Proceso de Reorganización Nacional traía a los pueblos originarios recuerdos de la cruda matanza por la que pasaron sus ancestros. Y les causaba el mismo efecto ver a la figura del cóndor, ave sagrada símbolo de la sabiduría, transformarse en sinónimo del terror.

Tal vez lxs militares golpistas tomaron esa figura para representarse. Se creían seres divinos al igual que los cóndores, capaces de decidir la vida y la muerte. Se creían dioses, seres inmortales a los que la sociedad debía respetar. Deidades a las que nadie podía juzgar.

...

El 1966 Argentina queda seleccionado como país anfitrión para el mundial de 1978. Este negocio era perfecto para silenciar y tapar las atrocidades que cometía el gobierno de facto.

A partir de la Ordenanza 33.652 de abril de 1977, dictada por el intendente Osvaldo Cacciatore, comenzó el “Plan de erradicación de villas”, que contaba de tres etapas: congelar el crecimiento de las villas, desalentar de forma violenta la resistencia y organización de los barrios y erradicarlas para alcanzar el ordenamiento social y urbano.

El desarrollo inmobiliario privado ponía foco en las zonas donde estaban asentadas las villas y a esto se le sumaba el objetivo de los dictadores de mostrarles a las autoridades de la FIFA, lxs turistas y las delegaciones deportivas del mundo, una “imagen de país”: una capital moderna, con autopistas elevadas y estadios de nivel internacional.

El Plan de erradicación definía tres momentos: congelamiento, desaliento y erradicación. Luego de una primera etapa de censo de la población y relevamiento exhaustivo del territorio, se procedía a la marcación de las casillas pintando en cada frente un recuadro de fondo negro donde se consignaba el número de la vivienda. A cada familia se le otorgaba un Certificado de Asentamiento Precario (CAP) y se le confeccionaba una Ficha Legajo para su seguimiento hasta la erradicación.

La siguiente etapa buscaba socavar las motivaciones de la población de permanecer en la villa. Los mecanismos de amedrentamiento menos sutiles tomaban aquí lugar. Se prohibieron los negocios de compra y venta no autorizados, se procedieron a decomisos y clausuras de mercaderías y comercios. Se prohibió toda venta o alquiler de las viviendas. Las villas fueron permanentemente vigiladas por personal de seguridad del “Departamento de Vigilancia Interna”, y su población fue objeto de violencia y atropellos constantes. Finalmente la etapa culmine, en la que se pretendía la liberación del terreno. Los posibles destinos de las familias eran: el traslado a terreno propio, retorno a su provincia o país de origen, egreso por medios propios.

Los Falcón llegaron al barrio de Retiro y con ellos sus amigas topadoras. De los camiones bajaron hombres con masas, martillos y piquetas, que comenzaron su labor. Mesas, sillas, frazadas, colchones, garrafas, decoraban las veredas, mientras lxs habitantes miraban como los techos que los habían cobijado durante varios años caían al suelo y eran destruidos para que nadie más pudiera levantar un asentamiento. En las villas de Buenos Aires vivían 224 mil personas; dos años después, en los meses posteriores al mundial, un 50% de esa gente había sido expulsada de sus casas.

La organización política- militar Montoneros le había ofrecido a Mario dinero y una identidad falsa para que se “resguarde” en otro país. Sostuvo en sus manos el documento fraguado, pero este no contemplaba a su familia.

Es así que decidió consultar con sus compañerxs de la villa y llegó a la con-

clusión de que él estaba allí peleando por sus tierras, por sus derechos y que huir no era la solución ni el ejemplo que pretendía dar a las generaciones siguientes. Su pelea y su vida estaban en la Argentina; el miedo nunca había sido el impedimento para luchar por un continente sin distinciones sociales.

Julio Lares, José Valenzuela y Mario llamaron al responsable zonal de la organización Montoneros para tener una reunión. En la esquina donde se encontraba el correo viejo, en el barrio Comunicaciones, bajó de un Citroën Rodolfo Walsh.

El santiagueño Lares, con ímpetu militante, alzó la voz y le dijo:

- De acá nadie se va; nos vamos a quedar junto al pueblo, porque nosotros los representamos.-

Rodolfo los miró sorprendido, y con una sonrisa les respondió:

- Siento orgullo por esta organización.-

Sus manos se estrecharon, sus miradas se cruzaron dándose aliento y al unísono se dijeron:

- Hasta la victoria siempre.-

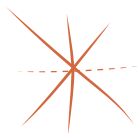
El pacto se selló con un fuerte abrazo. Lentamente la figura de Walsh se desvaneció en las calles de la villa. Sólo lo volvieron a encontrar en los libros que dejó, en las notas periodísticas que escribió, en los murales que reconstruyen la memoria.

Un vecinx golpeó la puerta de la casa de Mario y le advirtió que lx estaban buscando. Cuando la noche asomaba en la villa 31, Mario decidió irse junto con su esposa y su hijx. Tuvieron la suerte de que un conocido les ofreciera albergue hasta la llegada de la democracia.

Su esposa, que trabajaba como empleada doméstica, podía salir libremente por las calles, ya que no estaba implicada políticamente. En cambio a Mario la vida en clandestinidad le impidió la obtención de un salario que aportara a la economía familiar; por lo tanto, durante esos años Mario explotó su habilidad de artesano. Las manualidades, que eran vendidas por familiares que vivían en la ciudad, le permitieron reemplazar en parte esa carencia.

Las calles de Buenos Aires veían de vez en cuando la cara de Mario, a quien la asfixia de no saber que ocurría en el mundo exterior, lo obligaba a salir sólo acompañado por un revólver. Lo abrumaba el terror de ser identificado, no por su destino personal sino por el de su familia.

Con la llegada de la tan ansiada democracia, Mario pudo sentir el gusto de la libertad nuevamente; aunque le costaría varios años poder acostumbrarse a vivir sin miedo. En esos tiempos pudo acompañar a su último hijo a inscribirse en el registro civil, ya que no había podido hacerlo durante la dictadura militar. Un niño nacía el 10 de diciembre de 1983 al igual que un nuevo Mario renacía de las sombras.



PEWMA: LA LENGUA DE LA TIERRA

Aquella noche Adelmo soñó que su alma viajaba. Se encontró con augurios, mensajes del más allá y sumergido en esa atemporalidad intentó buscar respuestas para saber cuál era el mejor camino para su familia. Los sueños o pewma siempre formaron parte de un espacio de conocimiento dentro de la cultura mapuche.

De repente los gritos hacían ecos en las montañas, las sombras se levantaban de la niebla, el frío árido neuquino le congelaba los huesos dejándolo inmóvil. Golpes en las puertas retumbaban en su cabeza. La desesperación comenzaba a recorrerle el cuerpo, como un hormiguelo en la piel. Hasta que lo onírico se convirtió en realidad. Su perro Nehuen aullaba, ladraba en su puerta en señal de alerta. Adelmo sacudió su cabeza y logró activar sus piernas. Al dirigirse a la puerta de su habitación, tiró de la perilla pero esta no se abrió. Otra vez aquel sentimiento desesperante. Quiso abrir, echó toda su fuerza hacia adelante. Nada.

El dolor le invadió el alma. Encerrado en esas cuatro paredes blancas y sucias se quedó a la espera de lo que sus antepasados le habían revelado.

Las agujas del reloj marcaron las 8 de la noche y la sirena que anunciaba el toque de queda comenzó a penetrar en cada rincón. Sobre las calles de tierra del barrio Villa Florencia quedaban las marcas de los autos falcon y las

huellas de esos borcegos militares. El minotauro paseaba por el laberinto, doblando en cada esquina, entrando y saliendo por puertas, buscando a su próxima presa.

Las sombras se levantaban de la niebla; lxs hombres, armados y encapuchados, hacían retumbar las delgadas paredes de las casas con sus pasos. Imponiendo su autoridad, rompían y quemaban los objetos que interrumpían su caminar. Lograban que cada persona entrara a su casa y no saliera de allí hasta el otro día. Nadie podía preguntar, nadie podía saber qué sucedía.

El comedor estaba tan oscuro que apenas podían reconocerse las caras pálidas de las cinco personas sentadas en la mesa. Hilda amasaba el pancutre en su pequeña cocina, una comida mapuche que rendía para una familia numerosa y ayudaba a pasar el duro invierno del mes de agosto. La puerta de chapa se abrió y rechinó al entrar en contacto con el suelo. Antonio llegó con sus botines embarrados y el mameluco emparchado. Se dirigió hacia la cocina, besó en la frente a su madre, Hilda, y comenzó a ayudarla a poner la mesa.

Se sentó al lado de la curiosa Quillén que con tan sólo trece años era su mejor compañía. Le preguntó si había leído el libro que esa mañana le dejó sobre la mesa de luz. Antonio, aún sin haber terminado el colegio por la necesidad de alimentar a su familia, era el que le enseñaba a su hermana a leer y escribir.

Quillén era su fiel reflejo y él pretendía para ella una infancia feliz. No era casualidad que a la misma edad, la increíble aventura de jugar con autitos se hubiera transformado para Antonio en la cruda realidad de trabajar en talleres haciendo chapa y pintura.

A su padre nunca le importó el dinero y lo poco que ganaba lo despilfarraba. Era un reconocido albañil del barrio Villa Florencia. Solo cobraba algunos trabajos. Antonio nunca estuvo de acuerdo con este modo de vida. La plata se necesitaba y más en aquellos complicados años. Por eso debió elegir la vida de obrero y no de estudiante.

La mesa de madera empezó a temblar. Alguien golpeaba la puerta principal y con gritos amenazaron con tirarla abajo. Hilda, con la tranquilidad que la caracterizaba, limpió sus manos en el delantal negro con flores amarillas. Se acercó a la puerta y la abrió solo un poco. Un borcego hizo presión y abrió más. Gritos y cinco armas apuntando la cabeza de cada una de las personas sentadas, interrumpieron la cena. El pancutre se enfriaba.

Quillén sintió la mano de su hermano sobre su antebrazo. La apretaba con fuerza mientras salían de su boca las últimas palabras que aquellos oídos no querían escuchar. “No hagan nada. No me busquen” – susurró. Unos ojos celestes, de la cara que aún no puede reconocer por completo, tomaron a su hermano por la fuerza y a su cuñado que se encontraba sentado frente a ella. Lo agarraron del brazo y lo llevaron hasta su habitación que quedaba cruzando un largo patio.

Curiosa como siempre, Quillén logró escuchar un diálogo en la parte trasera de su casa:

- *¿Cuál de ustedes es Antonio?*– preguntó el hombre de ojos claros.

- *Yo* – contestó el aludido sin miedo alguno.

- *Así que vos sos el famoso Chino.*

Quillén corrió hasta allí y pudo oír como de un culatazo lo desmayaron. Lo subieron en el Falcon blanco que estaba estacionado frente a la casa. A Antonio se lo llevaron sin dejar rastros. El sonido de la máquina de escribir había desaparecido. El olor a tinta, los papeles tirados en el suelo, sus libros amarillentos, sus cuadernos y cartas; ya no quedaba nada.

Aquí se respira lucha

La provincia de Neuquén comenzó a poblarse con la instalación de la represa hidroeléctrica de la compañía “El Chocón S.A” en el año 1968. Muchxs trabajadores arribaron a esta tierra desértica para hacer de ella un lugar más habitable, atraídos por promesas de trabajo y vivienda. Las malas condiciones laborales fueron cobrándose sus vidas.

Varias gestas se fueron organizando con la ayuda de curas tercermundistas, como el cura Galbiati y luego el Obispo Jaime de Nevares, que comenzaron a reivindicar los derechos laborales de los trabajadores. El 13 de febrero de 1970 se organizó una huelga, que exigía un conjunto de peticiones como ascensos, porcentajes por trabajos especiales, la provisión de agua caliente y frenar el maltrato de los capataces italianos. Participaron entre 3.000 y 4.000 obreros de la gran industria, de los cuales la mayoría pertenecían a la compañía constructora de El Chocón, y los restantes a las empresas constructoras de viviendas y hospitales. Con barricadas y ollas populares resistieron la presión del gobierno de Juan Carlos Onganía.

La huelga y ocupación obrera de la central hidroeléctrica se prolongó hasta el 14 de marzo de 1970, cuando fue declarada ilegal. La burocracia sindical, funcional a la patronal y el régimen militar, entró a la fábrica y con una brutal represión logró detener a los dirigentes, enviándolos en un avión militar a Buenos Aires.

La provincia de Neuquén se fue construyendo con una clase obrera organizada y unida. En los diarios de la época los titulares prometían “Las vegas patagónicas”, un lujoso complejo de hoteles y casinos que se construirían en las tierras del barrio Sapere.

Sobre la ribera del Río Neuquén, al oeste del puente de la Ruta Nacional 22, se encontraban lxs vecinxs. El asentamiento precario con casas de

chapa y puertas de nylon, unía a perretianxs, montoneros y luchadores barriales. La comisión vecinal del barrio no iba a dejar que las tierras fueran arrebatadas. Reclamaban el derecho a la vivienda organizando huelgas. Defendían sus tierras y le pedían al gobernador Felipe Sapag que construyera un barrio popular.

A partir de 1975 la ciudad neuquina ya no era la misma. Esa tierra que producía militantes estaba cubierta por un manto de terror. Días previos al 20 de Agosto de 1975, lxs vecinxs de Sapere estaban pintando una bandera que decía “Gloria a los héroes de Trelew”. Era en homenaje a los cabecillas de la organización ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) que habían sido fusilados en la cárcel de Rawson. Las banderas de Montoneros, PRT, FAR, FAP y ERP flameaban colgadas en un tanque de agua construido a la entrada de la ciudad.

Con una participación preponderante de la Policía de Neuquén al mando del comisario Alejandro Rojas, conocido como “el terror de la militancia”, realizó un cauteloso trabajo de investigación y treinta vecinxs fueron detenidos, entre ellxs Javier Seminario Ramos y Orlando Cancio. Fueron mantenidos privados de su libertad en diferentes cárceles como la Unidad 9 y la Unidad 5, entre otras. En ese momento político, el accionar de las Fuerzas Armadas detenía a toda persona sospechada de guerrillerx, por ser figuras públicas de organizaciones de superficie; y a aquellxs que habían participado de huelgas, protestas y actividades no-armadas consideradas “subversivas”.

Las detenciones se producían por “vinculación” o “posible vinculación” a Montoneros, al Ejército Revolucionario del Pueblo o por “ideólogox comunista”. La mayoría eran militantes que pertenecían o habían pertenecido a la Juventud Peronista, al Partido Comunista, al Frejuli o a grupos cristianos y barriales. El contenido de los interrogatorios giraba en torno a la identidad política de lxs cautivxs, al paradero de ciertas personas, sobre armas que habrían sido encontradas en una chacra, sobre explosivos, imprentas y polígonos de tiro clandestinos, etc.

Cancio y Seminario fueron liberados por un tiempo. Se trató de una maniobra que lxs militares pensaron para que lxs propios militantes sembraran el terror en sus organizaciones. Fue entonces cuando le advierten al Chino que lo estaban buscando. “Tenés que irte. Escuchamos que te van a buscar” le dijeron. Pero las convicciones políticas, la falta de dinero para huir, el sentimiento de no querer abandonar a su familia, lo retuvieron.

El Chino no vivía en el barrio Sapere. Sus compañerxs lo habían llevado hasta ahí para unirse a la lucha. Era una figura muy reconocida en la ciudad. En su tiempo libre recorría merenderos y le enseñaba a lxs niñxs a leer y escribir. Su lema de vida siempre fue: “para ganar hay que estudiar”.

Había nacido en la tierra de los árboles sagrados -el Pehuén- en la localidad de Aluminé. Su pelo negro azabache, sus ojos marrones que transmitían paz y su piel morena, no lo dejaban mentir cada vez que se reivindicaba como mapuche. Con sólo 22 años llevaba los colores de la Wallmapu en su corazón, exigiendo sus tierras sagradas y apoyando a sus otrxs hermanxs para que no las pierdan.

Los merenderos, la biblioteca popular, las luchas barriales y la comisión vecinal fue desvaneciéndose poco a poco. El miedo de la gente fue cerrando toda posibilidad de comprender que esxs “subversivxs” luchaban por un mundo mejor, más inclusivo.

Como vacas al matadero

El 24 de marzo de 1976 se inicia en la Argentina el Proceso de Reorganización Nacional, que a través de una cacería humana y la utilización del terror dejó a un pueblo fulminado, hundido en el dolor y en el silencio.

La Universidad del Comahue se llenó de armas. Fue tomada por represores, que se reunían todas las semanas. Allí intercambiaban registros de trabajadoras, estudiantes, sindicalistas y militantes que querían cambiar el mundo. Analizaban los perfiles de las personas que luego debían hacer desaparecer.

La “Escuelita” de Neuquén fue –paradójicamente– un viejo matadero. Construido en la década del 50 en territorio del ejército, se utilizó para faenar el ganado destinado a la alimentación del batallón. Luego quedó en desuso por un tiempo pero fue reconstruido y remodelado por los militares por supuesto que con otros objetivos.

Crearon así el Centro Clandestino de Detención también llamado RLD según la propia normativa del ejército, que significa Lugar de Reunión de Detenidos; o RLDT, Lugar de Reunión de Detenidos Transitorios o Terroristas, como ellxs decían. Se encontraba en el Batallón de Construcciones 181, a la salida de la capital neuquina, por la ruta 22. El acceso principal era a través de una tranquera, controlada por el Puesto de Guardia 5.

La Escuelita tenía dos edificios, separados por 10 metros aproximadamente uno del otro. El primero, era una casa vieja de paredes blanqueadas y piso de cemento. Lxs detenidxs dormían en colchones colocados en el suelo. Entre la pared y las chapas del techo quedaba un espacio por donde corría aire. Aquel hueco del techo también tenía una torreta de vigilancia, donde caminaban los militares vigilando que nadie se mueva, hable o intente algún método para escapar.

Contenía un baño muy pequeño con un lavatorio, letrina y ducha. Y una puerta de acceso de color marrón con visor que conectaba con el otro edificio. Había una comunicación peatonal con el Batallón.

Al segundo le decían “La Salita”. Era un galpón de chapas con el techo medio arco, una puerta corrediza color rojo antióxido y el piso de ladrillos. Un camastro de metal esperaba a lxs cuerpxs desnudos que iban a ser atados

para someterlos a la picana. En esa Salita, los gritos de dolor, el llanto y las falsas esperanzas que se creaban en las mentes de los militares daban paso a interrogatorios tortuosos para poder sacar algún que otro nombre más.

Todas las acciones represivas tenían lugar en “El Matadero”. A lxs secuestra-dxs les colocaban bolsas de nylon en sus cabezas o se las sumergían dentro de baldes de agua, manteniéndolas con fuerza hasta que no podían respirar. Lxs ataban boca abajo en el suelo y lxs tiraban sobre los colchones. Lxs golpeaban con todo tipo de elementos: palos, cinturones o con las manos. Las violaciones también era algo usual dentro de esas cuatro paredes tétricas.

Lxs prisionerxs tenían los ojos vendados. Lo que impedía la comunicación con sus compañerxs de cautiverio. Sin embargo, cuando creían estar sin vigilancia, gritaban sus nombres. Así lo reconocieron. El Chino estaba en ese matadero.

El Pewma

Adelmo soñó con sus ancestros y las revelaciones se cumplieron. Como una película que nunca termina, el pewma se repitió durante nueve meses con sus imágenes de terror: los gritos de dolor, el olor a piel quemada, la sangre derramada, las balas contra los paredones. La esperanza de volver a ver a su hijo se iba agotando al igual que su vida.

Hilda pasó todos los días tejiendo y destejiendo tapices, susurrando canciones en mapudungun, esperando que por la ventana se asome la cara de su hijo. Fue así como decidió buscarlo en los Nguillatun, las ceremonias realizadas en las épocas de cosechas, donde se le pide a la Mapu fertilidad y también donde se veneran a los antepasados.

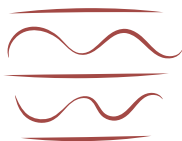
Ella se dirigía dos veces al año al terreno comunal a orillas del lago Aluminé, tierra de sus ancestros, colmado de pehuenes. Allí permanecía tres días, durmiendo en las ramadas, refugios de madera y palos que protegen a lxs participantes del viento y la tierra, ubicados en forma de medialuna mirando hacia el este, controlando todas las noches que el fuego purificador no se apague.

Las ramadas rodeaban el rehue, conformado por troncos escalonados, tallados y pintados, donde los ruegos, los bailes, las ofrendas de humo, de bebidas vegetales, los sacrificios, la quema de restos de animales y los gritos, ocurrían allí al compás del kultrung y el canto de las ancianas.

Cuando los hombres comenzaban a purruocar, la tierra se levantaba y se confundía con humo, generando un leve remolino donde comenzaba el encuentro con los ancestros. Pero Antonio no estaba allí.

Un día antes de que muera Hilda, en una plazoleta del barrio Villa Florencia, Quillén plantó un árbol al lado de la placa que conmemoraba a su hermano y el sonido del kultrung atrajo una leve brisa de viento neuquino que hacía bailar el alma de Antonio una vez más.

Hilda cerró sus ojos y sonrió levantando su cabeza en dirección al sol. Ahí supo que su hijo era un alma en el viento, un alma que alguna vez tendrá el entierro que le corresponde.



VIAJE A LA CLANDESTINIDAD

Salió de la fábrica de Alpargatas, en Ingeniero Juan Allan, dentro del conurbano sur de Buenos Aires. Limpió su frente sudada con un pañuelo blanco con rayas celestes, que había sacado del bolsillo trasero del mameluco. Frotó sus manos, para sacarse los restos de pegamento que le habían quedado luego de pasar diez horas uniendo las suelas de yute en el calzado de lona.

Se dirigió lentamente hacia la parada de colectivos. El tiempo no acompañaba; desde temprano no paraba de llover y él solo quería llegar a La Plata para compartir las últimas horas del día con su compañera Gabriela.

-¡Eh, Tucu!, ¡Vení hermano, vamos a comer unas empanadas! Mi mujer las va a cocinar esta tarde- le dijo Pablo, uno de sus compañerxs de trabajo.

Sus ojos azules transmitían tristeza. Caminaba con el cuerpo levemente encorvado hacia delante, creando una ilusión óptica que ocultaba su gran altura. Añoraba sus tierras y sabía que ir a comer esas empanadas de carne cortada a cuchillo, que sus compañerxs tucumanos preparaban al estilo de aquella provincia, aliviaría el dolor del desarraigo.

Eran pocas las noches de diversión con las que contaba. Por eso, el sabor del vino tinto, el placer de fumar un cigarrillo y bailar, lo rescataba de esa vida dura que le ofrecía diez horas diarias de explotación, y que le armaba una trampa mortal a la vuelta de cualquier esquina. Pero la misma noche le traía un gusto amargo por aquellxs que ya no estaban allí, y la desesperación de saber que tal vez él no estaría en la próxima reunión.

Carlos era el menor de cuatro hermanos; provenía de una familia conservadora y católica. Durante sus estudios secundarios, guiado por el profesor de Historia, se rebeló contra los valores que le habían inculcado de pequeño y, como él dice, terminó siendo el flower power, el Che Guevara y el mayo francés de la familia.

En 1972 Carlos ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional de Tucumán, para estudiar Licenciatura en Historia. Se encontraba militando en una organización estudiantil de filiación peronista; pero la provincia de Tucumán ya no era un lugar apto para lxs militantes.

Ni universitarixs, ni cañerxs, ni obrerxs se resignaban a olvidar lo que había sucedido en los tres tucumanazos. Por eso continuaron militando en conjunto con lxs nativxs buscando la conformación de la Federación Indígena y el establecimiento de un frente de pueblos originarios en cada punto del país.

Los años '70 en la provincia de Tucumán se vivenciaron bajo un clima convulsionado. La organización política que se había gestado consideraba que se estaban dando las condiciones para realizar una revolución.

El martes 10 de noviembre de 1970 la asamblea estudiantil organizó una olla popular en la calle Muñecas —de la capital provincial— para evitar el cierre del comedor universitario. La nueva reforma universitaria pretendía eliminar las residencias estudiantiles, dejando a miles de jóvenes en la calle.

Diferentes grupos de manifestantes operaban en simultáneo y en varios puntos de la ciudad, obligando a la policía a dividir sus fuerzas. Sobre las calles Córdoba y Maipú, lxs estudiantes habían roto los caños de agua para contrarrestar los efectos de los gases lacrimógenos que les lanzaba la policía.

Cuando las fuerzas policiales se acercaban a las barricadas, lxs jóvenes a modo de defensa arrojaban bombas incendiarias caseras que les permitían evacuar las calles. La organización universitaria se basaba en la pertenencia a las facultades: así se realizaban actos relámpago; sobre la esquina de Muñecas y Mendoza, lxs estudiantes de medicina, bioquímica y derecho; en el parque 9 de Julio, lxs estudiantes de filosofía, arquitectura y odontología.

Durante cuatro días fueron tomadas 80 manzanas de la ciudad. La CGT decretó un paro de 36 horas y las calles de San Miguel de Tucumán fueron retenidas por los manifestantes. La policía provincial tuvo que pedir refuerzos al gobierno federal, que dispuso la intervención de la quinta brigada de infantería del ejército argentino al mando del entonces Coronel Jorge Rafael Videla, quien recientemente había sido gobernador de facto de la provincia. También intervinieron fuerzas de la gendarmería nacional y la recién creada brigada antiguerrillera del Comisario Alberto Villar.

La lucha obrera estudiantil no estaba preparada para enfrentar el poder de combate de las fuerzas armadas y de seguridad; muchxs estudiantes fueron detenidxs y para poder ser liberadxs negociaron el levantamiento de las barricadas.

Ante la presión popular que exigía la liberación de lxs detenidxs, el gobernador Carlos Alfredo Imbaud se vio obligado a renunciar y fue reemplazado

por Oscar Serrulle, quien solicitó al gobierno Nacional la liberación de lxs estudiantes. Los tucumanazos habían logrado desplazar al rector de la universidad y el comedor amplió el número de plazas.

El mismo año en que Carlos ingresa a la universidad, lxs estudiantes volvieron a tomar las calles, exigiendo el fin de la dictadura de Agustín Lanusse y evitar el cierre del comedor universitario. La Avenida Roca al 1900 -donde se encontraba la quinta de agronomía- fue el escenario de la lucha obrera/estudiantil, que con barricadas, hondas y piedras, enfrentó a las fuerzas policiales.

Al tercer día de resistencia la policía rodeó la quinta y los forzó a una negociación. Lxs jóvenes pactaron: la quinta sería entregada a cambio de que no haya detenidos ni represalias contra la población que había apoyado la lucha.

Al momento del desalojo cuatrocientos estudiantes fueron detenidos; el resto fue ayudado por la población que conocía otras salidas. Entre ellxs estaba Carlos, quien fue rescatado por una mujer que vivía en la comunidad de Tafí del Valle y que lo albergó durante una semana en su casa.

El poder no había podido imponer sus metas en la universidad: curso de ingreso, arancel universitario, cierre del comedor, cupo de alumnxs. La lucha popular había ganado y tomaba las riendas para un mejor futuro. Pero las fuerzas armadas y la Triple A se habían instalado en la selva para llevar adelante el “Operativo Independencia”.

Mientras tanto, las listas negras se prolongaban en nombres y apellidos. Políticos, artistas, sindicalistas y referentes de izquierda ocupaban las páginas, cada vez más abundantes, de esas listas del horror. En cualquier momento del día la víctima podía caer en la trampa. Después del secuestro, las vejaciones, los golpes, las torturas... el espanto que hacía de la idea de la muerte una suave caricia portadora del alivio.

Luis Falú, el mejor amigo de Carlos, compañero de estudio y militancia, fue una de esas víctimas. A la salida de su trabajo fue interceptado por un

comando de la Alianza Anticomunista Argentina. Esto generó en Carlos un sentimiento tormentoso del que necesitaba escapar.

Sabía que su amigo no iba a delatarlo, pero ¿podría resistir la tortura? Luis era fuerte, pero si el dolor lo doblegaba y hablaba, Carlos compartiría su destino. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Se imaginaba a su amigo en la sala de torturas y la desesperación recorría su cuerpo.

Finalmente decidió preparar una pequeña muda de ropa y emprender su viaje hacia la clandestinidad. El primer destino fue Santiago del Estero donde lo esperaban sus tíos. Pasó pocos días allí porque efectivamente lo estaban buscando. Sus familiares, al enterarse, le “soltaron la mano” porque no querían verse complicados por lo que estaba pasando. Carlos volvió a San Miguel de Tucumán para rearmar su bolso, que esta vez contendría más ropa y algunos libros. Dejó atrás la casa que habitó junto a sus sueños de justicia e igualdad, con la angustiante incertidumbre de un posible regreso, tal vez, después de mucho tiempo. ¿O se iba para no volver a ese sitio donde construyó sus utopías?

Eran las 17.15 de la tarde. El colectivo de la empresa “Crucero del Sur” entraba a la terminal de San Miguel de Tucumán. Carlos dio la última pitada al cigarrillo, tomó su bolso de cuero marrón y lo despachó. Sacó de su mochila el pasaje, observó con desconfianza cada rostro, cada movimiento. Nada de lo que lo rodeaba en esa terminal le transmitía tranquilidad. Finalmente subió al colectivo. La ciudad de La Plata sería su próximo destino.

Gabriela había dejado Tucumán unos años antes, cuando el país estaba apenas en la antesala de lo que más tarde ocurriría. Otro motivo la trajo a la ciudad de las diagonales: iniciar una carrera universitaria en la Facultad de Bellas Artes.

No hay distancia ni tiempo para el amor. Allí estaba esperando a Carlos. Se reunieron en el Café de Las Artes, ubicado en calle 6 esquina 49. Carlos le contó a su compañera lo que estaba sucediendo, con todos los detalles que exigía la situación. El terror se instaló en las miradas de ambos, y sus ojos se poblaron de lágrimas. Sus manos se estrecharon fuertemente y fueron las manos de todxs lxs que ya no estaban. Hubo un beso, una caricia, y en alas de una sonrisa volvió a volar la esperanza. Luego se dirigieron hacia la pensión de mujeres donde vivía Gabriela. Sería un buen lugar para “guardar” a Carlos.

Sobre la diagonal 80, a pocas cuadras de la estación de trenes, se ubicaba una típica casa antigua de dos plantas con su gran puerta de madera. Ocupaba una buena parte de la manzana, y poseía un patio intermedio que era el pulmón del lugar. Convertida en pensión de mujeres. Contaba con varias habitaciones, y una cocina y un baño de uso compartido en cada planta. Gabriela pudo conseguirle una cama desocupada momentáneamente, junto a la suya, dentro de una de las habitaciones del primer piso que daba a la calle. Carlos escondió su bolso en el cuartito de limpieza al que sólo se podía ingresar subiendo por las escaleras caracol de la parte posterior del piso.

Por varios meses Carlos sólo pudo ver entrar la luz del día por las hendidias de las persianas metálicas de los ventanales. Por la tarde aprovechaba la soledad del lugar y caminaba por el pasillo. O le quitaba algún que otro libro a Gabriela y se lanzaba sobre la cama de resortes a leer por horas. Por la noche seguía sintiéndose vacío, viendo a su compañera dormir intranquilamente. Se desvelaba observando el ventilador de techo o escuchando al viento chocar contra el metal de los ventanales.

Con el tiempo, el tucumano logró conseguir trabajo en Alpargatas y allí pudo comenzar a transformar su vida. Era una persona completamente nueva, con un nuevo apellido y nombre; libre para interpretar una historia de vida ficticia frente a desconocidxs.

Aquella noche en que había aceptado cenar empanadas con la familia de Pablo, su compañero de trabajo, el destino jugaba sus cartas. Las puertas de la pensión fueron derribadas. Fotocopias, apuntes, libros, colchones, ropa; todo lo que entorpeciera el paso era apartado violentamente por la policía que buscaba rastros de su presencia. Alguien lo había delatado.

Al otro día encontró a gabriela que lo esperaba sentada en la escalera. Entre sollozos, ella le dijo:

-Te vinieron a buscar Carlos. Te tenés que ir.

Tomó sus cosas de la pensión y caminaron rápidamente hacia la estación. Esperaron el tren; él intentó encender un cigarrillo con manos temblorosas. Gabriela al verlo en ese estado decidió seguirlo hasta Buenos Aires; luego tendría que decidir si volvía a La Plata o viviría en clandestinidad junto a él.

Buenos Aires era el mejor lugar para esconderse. Mucha gente del interior llegaba a la gran ciudad en busca de trabajo y refugio. Cuando se percató del conglomerado de gente que se encontraba en la gran ciudad, Carlos sintió alivio; tal vez fue por la tranquilidad de saber que allí estaría rodeado de “cabecitas negras” y que su tez morena -curtida por el sol- lo ayudaría a pasar desapercibido.

La gran ciudad volvía a ser el refugio perfecto de quienes escapaban de crueles realidades y tormentos. Ya durante la dictadura de Onganía, en 1966, la capital de la Nación le dio una oportunidad a lxs provincianxs que habían perdido sus puestos de trabajo en los ingenios.

Aquella representación social que conllevaba la figura del provinciano escondía a lxs nativxs —o personas pertenecientes a los pueblos originarios— frente a la discriminación exacerbada que existía en la ciudad. Su metamorfosis fue tal que debieron dejar de hablar en sus lenguas nativas, adaptarse a la vida de obrero y hasta en ocasiones dejar de practicar sus rituales sagrados. Pero la esencia seguía dentro de ellxs. Existía una solidaridad entre hermanxs que seguiría viva diez años después.

La historia se repetía una y otra vez. Parecía un ciclo interminable. Su identidad había cambiado nuevamente; pero había algo que durante la clandestinidad no podía ocultar y eran sus raíces. Carlos era tucumano, se había criado en tierras de diaguitas. Aunque su familia fuera de ascendencia española, su compromiso de militancia estaba con los pueblos originarios. Él pretendía reivindicar la cultura ancestral, pelear por los derechos que les correspondían.

Su vida en Buenos Aires era una vorágine constante. Desde 1976 pasó gran parte de su vida recorriendo hoteles y casas de diferentes compañerxs, escapando siempre, sin rumbo fijo. Pero el año 1979 parecía traer una bocanada de aire. La llegada de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), que visitó el país del 6 al 20 de septiembre, le dio un respiro a lxs que estaban en clandestinidad. El telón que ocultaba el terror comenzaba a caerse.

Los pensamientos de Carlos dejaron de hostigarlo por un tiempo. Cuando la presión que ejercían los militares parecía agotarse y él comenzaba a sentir una especie de libertad, decidió alquilar un departamento en Constitución. A eso le siguieron las ganas de retomar la Universidad. Necesitaba volver a conectarse con la cultura originaria, con su territorio, sus raíces; y encontró en la carrera de antropología una vía que encauzaba sus intereses.

Como decía Carlos “uno se olfatea”. En la Facultad encontró a viejxs compañerxs de militancia que se encontraban en situaciones similares a la suya, y lo invitaron a participar de reuniones o charlas que seguían siendo secre-

tas. En una de ellas conoció a Alberto, un jujeño que también se escondía en la ciudad capital.

En agosto -más precisamente el 1ro- Alberto lo invitó a participar de una pequeña ceremonia en su departamento. Se trataba de la celebración del día de la Pachamama o día de la gran Madre Tierra.

Carlos se subió al subte que iba desde la estación Constitución hasta Retiro. En el asiento de enfrente un hombre de camisa cuadrillé, con lentes grandes y negros, leía el diario “Clarín”. O por lo menos eso parecía. En realidad ojeaba cada movimiento de Carlos.

No tardó en darse cuenta que ese diario era del día anterior. Tenía que llegar a la 9 de Julio, pero se bajó una estación más adelante y volvió a tomar el subte que regresaba. Sus nuevos compañerxs de militancia le habían enseñado de manera correcta como ejercer las prácticas anti-seguimiento.

El sol comenzaba a ocultarse detrás del Obelisco. Tomó la diagonal Norte para acortar el trayecto hacia la dirección que Alberto le escribió en su libreta universitaria. La imagen de la desolación se veía en los niños descalzos que pedían una moneda a quienes transitaban por aquella calle céntrica. Algo que parecía habitual para los habitantes de las grandes ciudades, a Carlos lo seguía exasperando.

Una leve brisa lo empujaba y en su cabeza no paraba de tararear las coplas norteñas que su abuela le cantaba a la Pachamama. El placentero recuerdo se vio interrumpido por el sonido de los pasos provenientes de un hombre que parecía caminar a sus espaldas. Se frenó con firmeza y rápidamente

giró su cuerpo, pero no vio a nadie. Estaba solo. Era imposible no sentirse perseguido, era imposible caminar tranquilo.

Sacó de su bolsillo la pequeña libreta amarilla, y verificó la dirección. Levantó su cabeza y estaba a pocos metros del lugar. Al costado de una puerta de madera, alta y con vidrios repartidos de diferentes colores, estaba el timbre del departamento “E”. Tocó y esperó impacientemente.

Desde afuera podían oírse los pasos de Alberto, quien ya estaba vestido para la celebración: un sombrero almidonado, hecho con lana de oveja, cubría su pelo negro y sus orejas. Un pantalón recto de tela barragán y un poncho de color tierra con líneas rojizas, de lana de llama bordado con guarda pampa completaban su indumentaria.

Lo recibió con una gran sonrisa.

-La ceremonia está por empezar- le dijo.- Te estábamos esperando.

Al ingresar al departamento se encontró con sus compañerxs rodeando una mesa de madera. Sobre la misma, una vasija de cerámica reposaba en el centro. En diferentes recipientes de madera se encontraban las legumbres, semillas de huayruro y hojas de coca.

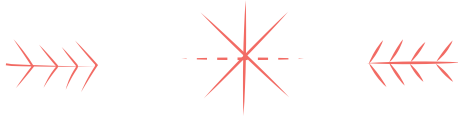
La ceremonia comenzó con las manos de Alberto metidas en la tierra. Realizó un pequeño pozo que simbolizaba la boca de la Pachamama y las ofrendas fueron incorporadas lentamente por cada uno de lxs participantes. Destaparon una botella de vino tinto, echaron un chorrillo sobre la tierra y luego la regaron con chicha (bebida alcohólica de maíz fermentado). Como en su norte lejano, Carlos cumplía con la Pachamama.

Durante diez años Carlos sintió el sabor del despojo. Había cambiado cerros por edificios, llamas por autos, tranquilidad por desesperación, los sonidos del viento por los de pasos siniestros. Su ofrenda a la Pachamama sirvió para reencontrarse, agradecer y pedir por un futuro que lo libere de la opresión que vivía.

El pedido pareció ser escuchado. La mirada internacional caía sobre los militares que comenzaban a generar nuevas estrategias para tratar de ocultar sus actos aberrantes. La llegada de la OEA se convirtió en un hecho histórico que permitió legitimar algunas denuncias sobre los crímenes cometidos por el terrorismo de estado. Las violaciones a los derechos humanos comenzaban a tomar visibilidad gracias a las notas que el periodismo internacional realizaba acerca de las Madres de Plaza de Mayo.

Llegaría el año 1983 con el fin de la dictadura, el retorno de la esperanza. Sobre la conciencia de los argentinos sobrevolaba la idea de terminar definitivamente con el horror. De decirle nunca más al espanto. De encaminar los pasos hacia la reconstrucción de una sociedad en la que vuelva a tener valor la vida humana. Y ahí se encontraba el tucumano, con el destino jugando sus cartas nuevamente, porque después de seis años de haber ingresado a la facultad se le presentó la posibilidad de volver al norte.

No había finalizado ninguna de sus dos carreras, pero su regreso y su experiencia le dieron la posibilidad de trabajar junto a las comunidades indígenas y el resto del campesinado, en el desarrollo agropecuario de los mismos. Tucumán lo recibía nuevamente. La tierra, su tierra, también.



EL DESPERTAR DE LOS VALLES

La grasa de los chivitos caía sobre el fuego, avivándolo y provocando el crujir de las brasas que estaban en la superficie. La leña se encontraba perfectamente acomodada, se usaba lo justo y necesario. Por eso el chivo se cocinaba a la llama y finalmente sobre las brasas. La chicha y el vino patero circulaban en ronda, mientras las mujeres cortaban en cubos los tomates para aromatizarlos con la albahaca fresca que habían cosechado de sus huertas.

El repiquetear de los pies de los cholitas sobre el suelo levantaban tanto polvo que hacía imposible distinguir el color de los zapatos, pero sí algún agujero donde el dedo gordo escapaba. Los palillos de madera rebotaban sobre las cajas bagualeras y las dulces voces de las ancianas resonaban en los verdes Valles Calchaquíes con el canto coplero.

Cuando yo era chiquita
mis abuelos me decían
pasarán muchos años
volveremos algún día.
Pasarán muchos años
volveremos algún día.

El viento seco y caluroso agitaba la Whipala y la bandera Argentina, y un pequeño remolino subía por los cerros el humo de la leña y la tierra rojiza. Los vecinos que iban llegando estrechaban sus manos curtidas por el clima árido.

Otras mujeres, con delantales blancos que cubrían sus piernas, preparaban la merienda en grandes fuentes. Sus manos pequeñas pero robustas amasaban, hacían bollos y luego aplastaban la masa de las tortillas sobre las mesas de madera, para finalmente dejarlas reposando sobre los braseros.

La Plaza San Martín de Amaicha del Valle era un escenario que mostraba un clima festivo, alegre y familiar. Lxs hermanxs diaguitas estaban llegando al pueblo después un largo viaje y varios meses de luchas. Traían noticias desde la lejana capital de ese extenso territorio en el que el interior es apenas un más allá muchas veces olvidado, muchas veces desconocido.

Artesanas de los vellones

Doña Catalina nació en la localidad de San Fernando del Valle de Catamarca. Era hija de María y Oscar Villalba, dos trabajadorxs temporarios en la actividad de la zafra. Durante tres meses, cuando sus padres se iban a las montañas a cosechar la caña de azúcar, Catalina se quedaba en la ciudad cuidando a sus dos hermanas menores.

En ese tiempo, el telar era el único entretenimiento y también el único método para poder juntar algunas monedas. El proceso del tejido, para la cultura diaguita, no solo implica hilar formas sino también pensamientos. Los mensajes de los espíritus son plasmados en cada trabajo, lo que permite mantener vivo el idioma y la cultura.

En grandes vasijas de cerámica, Catalina colocaba el agua jabonosa para poder lavar la lana de llama o de oveja. Luego de escurriarla comenzaba el proceso del hilado donde la fibra se convertía en hilo. Las hermanas Villal-

ba utilizaban el “huso”, un instrumento de madera largo y redondeado que en uno de sus extremos posee una pieza de contrapeso llamada malacate. Catalina retorció la lana entre sus dedos hasta darle forma de hebra, que se amarraba al huso que era girado con su otra mano; de esta manera la hebra se iba enrollando en él.

En otras vasijas de cerámica se encontraban las hojas de cebolla, las raíces de algarrobo, las cortezas de la vid, las cáscaras de nueces y la cochinilla, un insecto que se encuentra en nopales o tunas. Estas sustancias eran utilizadas para teñir los tejidos.

Las ramitas estaban preparadas para ser encendidas, las ollas de hierro ya tenían el agua, los yuyos o las cáscaras y los 8 kilos de lana en su interior. Una vez que el proceso de tintura finalizaba, las manos entraban en acción. Llenándose de tonalidades naturales comenzaban a escurrir la lana que terminaba el proceso en largos tendales de alambre esperando que el viento las seque. Finalmente, realizaban los diseños en el telar.

Catalina tejía peleros para los caballos, ponchos, hamacas y tapados. Cuando su producción terminaba, cargaba los caballos y se dirigía a la ciudad de Tucumán a vender sus artesanías.

Esclavxs del azúcar

Aquel verano, mientras Catalina tejía, sus padres se dirigían a la estación del ferrocarril de San Fernando del Valle. El tren llegaría repleto de paisanxs y peones de los campos de las diferentes provincias del país, hombres de estómagos vacíos que iban rumbo a la zafra. El viento soplaba cálido, pero provocaba un frío en las espaldas de aquellxs jóvenes que dejaban a sus familias atrás para poder juntar unos mangos.

De repente un silbato superaba en intensidad al ruido del ambiente: era el tren que venía de la capital.

- *Pasajeros para Jujuy, Salta y Tucumán* – gritaba un señor embutido en su uniforme gris.

Las personas se amontonaban en los vagones, ocupando los asientos o tirados en el piso. El tren reanudaba su marcha: faltaban todavía varias horas de viaje.

María y Oscar Villalba se dirigían a Santa Ana, un pueblo ubicado en el departamento de Río Chico de la provincia de Tucumán. El gran Ingenio Santa Ana se encontraba en medio de la selva. La gigantesca estructura de acero y vidrio, con altas chimeneas humeantes, proyectaba su imponente imagen hasta las ventanillas de los vagones

También podía distinguirse el chalet del propietario, el francés Clodomiro Hileret, que estaba unido a la fábrica y a la casa del administrador. Las tres construcciones formaban un triángulo perfecto. El ingenio, uno de los más poderosos de la Argentina, se encontraba equipado con la mejor tecnología de la época.

Varios de los pasajeros del tren acompañarían a los Villalba hasta el Ingenio Santa Ana, y otros continuarían viaje hacia el resto de los 22 ingenios tucumanos. Roberto también viajó en ese tren, pero él iba hasta el ingenio Santa Lucía donde trabajaría por un año. Los Villalba no lo conocían, pero aquel joven que iba en ese mismo vagón reaparecería en sus vidas.

Los zafreiros llegaban a su lugar de trabajo por la madrugada y se apiñaban en el mismo camión destinado al transporte de la caña, que lento y destartado sacudía sus cuerpos con cada pozo del camino de tierra.

Luego los bajaban en las casillas, unas miserables piezas de adobe con techo de chapa en las que dormirían de ahí en más, compartiendo el espacio con

la humedad y el calor insoportable. Algunxs trabajadores tenían sus rituales de arribo a la zafra. Encendían un fueguito para calentar agua para el mate y purificaban su nueva vivienda con sahumeros. También ofrendaban comida a la Pachamama para que los proteja.

Los capataces, de manera despectiva, lxs llamaban “indios”. Se burlaban de sus rituales y ceremonias, aunque reconocían su habilidad para manejar el machete. Hombres, mujeres y niñxs eran explotadxs y abusadxs constantemente. Se les asignaban diferentes tareas: los hombres “fuertes” cortaban la caña, y las mujeres y niñxs eran lxs encargados de pelarlas.

Con las ropas desgastadas y cargando su machete, caminaban con desgano y con sudor en la frente. Rompían algunas telas viejas y se envolvían las manos, porque de tanto machetear se les formaba grandes ampollas. Otrxs cortaban retazos más grandes para usarlos como pañuelos, y así cubrirse la cabeza y el cuello de los rayos del sol. Atando sus bocamangas evitaban que arañas e insectos subieran por sus piernas. La tierra encontraba cobijo debajo de sus uñas, ennegreciendo la punta de esos dedos que desde hacía tiempo no acariciaban una piel amada. Y la suya, su propia piel, seca de caricias también, exponía con realismo cruel los surcos que la ferocidad del clima dibujaba sin clemencia.

Así llegaban a la plantación: filas interminables de plantas de más de dos metros de altura los esperaban. Sus hojas lastimaban su piel. Cargaban el peso en sus espaldas. Las mujeres, por detrás, pelaban los tallos y les quitaban la punta. Por último venían lxs niñxs, que levantaban las cañas y las acumulaban en una orilla.

Sólo tenían la noche para descansar. Bajo la luna se juntaban los zafreros y brindaban con alcohol. Los vasos llenos y sus ojos enrojecidos, eran la expresión de su desgracia y explotación. Las mujeres trataban de volver temprano a las casillas: sabían que muchas eran violadas en esas noches, pero nadie hablaba. El maltrato y la pobreza eran su infierno. Lxs niñxs tenían la cara y el cuerpo cubierto con sarna y el pelo lleno de piojos. La gente moría y a nadie les importaba.

Las noches eran aún más oscuras para aquellxs que habían hecho algún reclamo durante el día al capataz o al dueño del ingenio. Las calles hablaban. Y decían que el oscuro silencio nocturno se rompía en un ruido de cadenas que arrastraba un enorme perro negro. Una bestia de ojos sanguinolentos que ostentaba el nombre de “el familiar” y hacía desaparecer a los zafreros que hablaban de más.

Las historias sobre el animal viajaban rápido. Algunxs obrerxs contaban que se escondía en los pasillos o túneles secretos del ingenio. Pasadizos que unían la casa principal con la del administrador y la fábrica, para luego converger en una habitación abovedada en el subsuelo donde “el familiar” dormía.

Mientras tanto, los dueños de los ingenios caminaban por sus oficinas con sus trajes elegantes y sus pipas encendidas saboreando el placer de los buenos negocios. La elite de los ingenios se reunía alrededor de largas mesas de madera oscura, con grandes banquetes que acompañaban las charlas sobre la producción y una economía que no paraba de crecer.

No había motivos para imaginar crisis, pero la crisis llegaría.

Azúcar amargo

A mediados de los '60, en Tucumán, se producía más del 60% del azúcar del país. Pero hubo una sobreproducción y un estancamiento del consumo. El azúcar, cultivo que sostuvo la economía provincial desde el siglo XIX, sufrió la fuerte caída del precio internacional.

Las risas y los festejos de los propietarios, fueron reemplazadas por las preocupaciones y el nerviosismo.

El 28 de junio de 1966 se produjo el golpe militar que derrocó al gobierno de Arturo Illia, asumiendo así la presidencia del país el General Juan Carlos Onganía. Durante este gobierno de facto, por medio de la sanción del decreto ley 16926, se intervinieron 14 ingenios en la provincia de Tucumán. Entre ellos estaba el Ingenio Santa Ana, como también el Bella Vista, Esperanza, La Florida, Lastenia, Nueva Baviera, La Trinidad y Santa Lucía.

Según el gobierno de Onganía se ponía en marcha un nuevo programa de reestructuración “agro - industrial”. La misma atraería capitales nacionales y extranjeros, para la instalación de nuevas y modernas industrias, que habrían de ocupar la mano de obra desocupada por la industria azucarera. Pero esto era solo una suposición.

Esta maniobra del gobierno militar implicó el cierre de 11 de los 14 ingenios intervenidos, generándose una desocupación que a su vez produjo una desestructuración de la clase trabajadora de Tucumán. La desocupación aumentó a niveles insostenibles, provocando que muchxs de lxs trabajadores tuvieran que migrar hacia otras regiones del país.

Pero Roberto, aquel joven trabajador catamarqueño que compartiera el tren con la familia Villalba con motivo de la zafra, prefirió regresar a Tucumán. También en su provincia la desocupación crecía junto al hambre y la miseria. Era habilidoso para la construcción y sabía que de alguna u otra manera iba a poder sobrellevar la gran crisis que estaba viviendo. En la plaza Juan Bautista Alberdi, frente a la estación del ferrocarril, los puestos de artesanxs estaban a la espera de algún comprador. Y allí estaba Catalina, con su madre y sus hermanas, tratando de ganar alguna moneda para compensar la pérdida laboral de sus padres en la zafra.

Roberto la vio de lejos y se enamoró. La escuchó cantando coplas mientras acomodaba los tejidos sobre las mantas esparcidas en el suelo. La dulce voz lo envolvió de tal forma que no dudó en acercarse. Los Villalba no tardaron en incorporarlo a la familia. Un mapuche viviría al lado de una diaguita,

quien lo haría volver a encontrarse con su cultura ancestral y lo incentivaría a luchar por sus derechos durante los años siguientes.

El cierre de los ingenios favoreció la concentración monopólica del norte del país: Salta, Jujuy y algunos sectores de Tucumán, nucleándose en el Centro Azucarero Argentino (CAA). Este era presidido por Fernando Prat Gay, propietario del “Ingenio Leales”, en Tucumán; Carlos Pedro Blaquier del “Ingenio Ledesma” de Jujuy; los tucumanos Paz, del “Ingenio Concepción” -uno de los mayores beneficiados en la provincia-; y Ambrosio Nougués del “Ingenio San Pablo” y “Providencia”. Estos empresarios participarían activamente, tiempo después, durante el operativo “Independencia”.

Tucumán tenía más de 150 mil desocupadxs. Mientras los obreros del azúcar reclamaban el no cierre de las fábricas azucareras, principal motor de la economía tucumana y el sostenimiento de sus fuentes de trabajo, los estudiantes universitarios -en concordancia con el estudiantado de todo el país- reclamaban el no cierre de los comedores y residencias universitarias, en peligro tras la intervención del gobierno de facto a las Universidades.

A más de 100 km de San Miguel de Tucumán, al oeste de la provincia, los cerros y valles selváticos inundan la mirada de lugareños y viajers. Subiendo por los cerros el clima se transforma, al igual que los pensamientos. Amaicha del Valle se encuentra a 2.000 metros de altura, allí donde las selvas se transforman en semidesiertos. El microclima de la zona afecta a la forma de vida de la población. El seco terreno no favorece la variedad de cultivos; es por ello que lxs nativxs también se dedican a realizar artesanías como otro medio para subsistir

Por aquellos años Catalina y Roberto decidieron irse de la ciudad. Partieron rumbo a los Valles Calchaquíes donde los esperaba la localidad de Amaicha del Valle. En unas pocas parcelas de tierra fueron armando su propia casita de barro con puertas pequeñas. Contaban con otras tres hectáreas de tierra donde tenían su chacrita con gallinas, chanchos, chivos,

alfalfa y algunas flores. Ellxs eran arrenderxs de una tierra que trabajaban para alimentarse.

La familia se agrandó al poco tiempo de instalarse en Amaicha. Cuatro fueron las veces que Roberto tuvo que prender un fueguito en el patio de su rancho para que el humo se eleve y pueda ser visto por alguna comadrona que vivía en los cerros. No existía otra forma de comunicación. El humo era el que avisaba si había algún enfermo o si un niño había nacido. A sus cuatro hijxs les enseñaron a labrar la tierra, tejer y tocar las cajas bagualeras.

En la primavera de 1970, mientras Catalina hacía los surcos para la plantación de choclos, sus dos niñas cantaban:

*Pachamama, mamá tierra,
Aquí estoy con mis hermanos
Todos unidos estamos,
Las muchas gracias te damos.
Señores dueños de casa,
Tengan fuerte su bandera.
Estamos en Amaicha,
Levantando polvareda.*

El mensaje de los sueños

Catalina, agotada de tanto trabajar, se sentó sobre su silla de mimbre y se puso una gorra para que el sol no siga molestando su vista. Se durmió en cuestión de minutos, con sus piernas estiradas y las manos sobre su estómago. Los sueños comenzaron a llegar. Sus ancestros le recordaron las luchas

de su pueblo y le pidieron que vuelvan a levantarse para recuperar lo perdido. Le susurraban al oído que tiempos difíciles estaban llegando.

La comunidad indígena de los Amaicha lleva en su sangre la lucha de sus antepasados, que durante 130 años resistieron las invasiones españolas. En 1716 los Amaicha y los Quilmes obtuvieron una Cédula Real en la cual constataba que esos territorios le pertenecían a los pueblos originarios.

Pero la vida en comunidad se vio corrompida por la avaricia capitalista, digna del individualismo. Durante el año 1892, el gobierno tucumano legitima la apropiación de los territorios a través de la creación del Registro de la Propiedad Inmueble, que permitió que los forasteros sean propietarios de los territorios pertenecientes al pueblo Diaguíta.

A través del sistema arrendatario, comenzó la explotación. Los terratenientes utilizaban el método del “yerbaje”, por el cual se imponía a las comunidades el pago en especies por el pastaje utilizado por sus animales y también la “obligación”, es decir, el pago anual a de los comuneros al latifundista por el permiso de asentarse en las estancias.

En el año 1972 lxs nietxs y lxs hijxs de los valles empezaron a tomar conciencia de su historia. La oligarquía tucumana y las empresas multinacionales llegaban a la localidad, utilizando a los habitantes como mano de obra barata. Trabajan en la zona por un corto período de tiempo, y finalmente se iban sin pagarles a los trabajadores.

Lxs hermanxs de Amaicha, Colalao, El Pichao, Quilmes, Tafi del Valle, El Carmen y El Paso se organizaron en comisiones, para coordinar audiencias en Buenos Aires y Tucumán con distintos funcionarios e instituciones, y de este modo denunciar lo que estaba sucediendo.

Las instituciones estatales estaban aliadas a los arrendatarios y al no estar las comunidades reconocidas como sujetxs colectivos de derechos era difícil enfrentar a la oligarquía.

La efervescencia política y social que se vivía en Argentina durante los años '70, llegó a las comunidades originarias.

En 1968 pudieron formar el Centro Indígena de Buenos Aires, y más adelante en 1971, lo transformaron en la Comisión Coordinadora de Instituciones Indígenas de la Argentina (CCIIRA).

La CCIIRA, formada por residentes de Buenos Aires, impulsó a las distintas Federaciones Indígenas Regionales, entre ellas la de Tucumán; también fue la que generó los congresos nacionales. Luego se modificó y se creó la Federación Indígena de Buenos Aires (hasta su disolución en 1976 por la última dictadura militar).

Doña Catalina, era una de las principales impulsoras de esta lucha ancestral. No tenían agua ni luz. La comida comenzaba a escasear. Sólo sus chacras y sus cultivos, frutos de la madre tierra, ayudaban a la población a abastecerse. Estaban solxs en los cerros. Nadie los escuchaba, y aquel que los veía se aprovechaba de su situación.

En el año 1972 llegó a los valles Pedro Pablo Santana Campos. Un hombre que venía a sumarse a la lucha comunitaria y que con el tiempo, gracias a su fuerte personalidad se convirtió en el presidente de la Federación Indígena.

En 1973 se organiza el Parlamento Indígena Regional “Juan Calchaqui”, en la provincia de Tucumán. La Federación Indígena de los Valles, gracias a su organización, decidió viajar hasta la capital de Buenos Aires. Los representantes serían pocos, porque los gastos no podían contemplar la cantidad de involucrados en la lucha. Entre ellos estaba Doña Catalina, que viajó con su hija mayor, ya que la ayudaría llevando las artesanías realizadas por sus hermanxs para venderlas y regresar con algo de dinero.

En grandes bolsos de aguayo cargados en sus espaldas, los comuneros decidieron viajar a “dedo”. Bajaron hasta Tafí del Valle, donde se les unieron algunos más, luego Santiago del Estero. En el camino, vendían sus artesanías

para poder comprar el pan del día. Los militares que se encontraban en las fronteras provinciales, les impedían el paso y las escopetas apuntaban al pecho de Doña Catalina. Ella no temía a las balas, tenía un compromiso con sus hermanxs y su pelea había comenzando.

-Si son tan machos y tienen las bolas puesta apreten el gatillo, apreten. Es una injusticia lo que están haciendo, porque lo que les han dicho es mentira.

Les habilitaron el paso y lograron llegar a Buenos Aires, se toparon con ese aire espeso y sucio que impregnaba sus narices. Cruzaron de la Estación de Trenes de Once hasta la Plaza Miserere. Allí desplegaron una manta color marrón oscuro en el suelo, y comenzaron a desenvolver las pocas artesanías que habían podido salvar de la quema de sus bolsos por los militares fronterizos. Aún así, los colores vivos de los tejidos, las joyas de metal, los turrone y alfajores caseros, llamaban la atención de los que caminaban. Algunos se detenían y compraban. Otros pasaban de largo, mirándolos de reojo, sin esconder el desprecio.

El Teatro Municipal “General San Martín” fue el testigo del Segundo Parlamento Indígena Nacional “Eva Perón”. Allí se puso de manifiesto la violencia que reinaba sobre los pueblos originarios de Argentina. Lxs hijxs de los valles pudieron denunciar lo que sucedía en sus tierras y cómo la oligarquía tucumana no respetaba la Cédula Real. La voz de los ancestros había re-tumbado en la capital de este extenso territorio que tantas veces olvida a los hermanos del interior.

En la plaza de Amaicha, la grasa de los chivitos avivaba el fuego y provocaba el crujir de las brasas. El aroma de la albahaca fresca sobre los tomates, el vino patero, la chicha, las tortillas asadas... los hermanos regresaban a su tierra después de un largo viaje. Era preciso recibirlos con el abrazo cálido de una fiesta. Era preciso festejar que el pachacuti había comenzado.*

Las luchas llevadas a cabo por las diferentes Federaciones Regionales, lograron que en 1975 se forme en Buenos Aires la Asociación Indígena de la República Argentina (AIRA), la cual tenía como objetivos lograr ser reconocidxs como sujetxs con Derechos, preservar la cultura y reforzar los lazos con sus hermanxs latinoamericanos. Pero entre 1975 y 1976 una sangrienta acción represiva llevada a cabo por el Ejército estatal y la Fuerza Aérea, dominó los valles a través del llamado “Operativo Independencia”. El terrorismo de Estado frenó las aspiraciones de la incipiente organización, que pasó a ser un blanco de los sangrientos ataques.

Espiritú setentista

Los militares argumentaban la ayuda de los campesinos a los guerrilleros que operaban en la selva tucumana. Que los proveían de agua y comida, decían los militares. Así comenzaron las persecuciones. Entraban a sus ranchos a altas horas de la noche y requisaban lo poco que había, golpeaban a quienes se ponían enfrente y con tonos autoritarios amenazaban a las familias para que no ayuden a los “extremistas” o “subersivxs”.

El 24 de marzo de 1976 la ciudad de Tucumán había amanecido con una leve llovizna. Según lo registra el diario La Gaceta, en el palacio gubernamental de la provincia, Antonio Domingo Bussi juraba: “a las 5.30 como interventor militar en una breve ceremonia y sin emitir ningún discurso”.

La situación comenzaba a intensificarse. Al día siguiente de su jura, Bussi y los policías a su cargo, entraron altaneramente al Salón de Gobernanza de la comunidad de Amaicha. Allí se reunían todos los jueves las mujeres miembros del Consejo de Ancianos, vecinxs y dos abogadas, defensoras del pueblo. Mientras los fusiles apuntaban a las cabezas de lxs comunerxs, doña Catalina, sentada en la punta de la larga mesa de madera, fijó su mirada en la del dictador.

-¿Qué se le ofrece? ¿A que ha venido? – preguntó.
-Vengo a decirles que la fiesta de la Pachamama no la van a hacer- Contestó el Gobernador.

Enojada, nerviosa, pero sin miedo, Catalina respondió:

-¿Por qué motivo? ¿Con qué permiso? Usted será gobernador en su silla, pero aquí no tenemos gobernador. ¿Quién mierda es usted para imponer, si aquí mandamos nosotros?-

-¡Yo no respeto fusil! - y levantado sus puños agregó - ¡Estos son los fusiles míos!-

Automáticamente los policías bajaron las armas y miraron hacia el suelo con vergüenza. Bussi le preguntó quién se haría cargo de la fiesta. Allí lxs vecinxs contestaron que serían ellxs quienes llevarían adelante la ceremonia.

Al ver la resistencia de Bussi, frente a la comunidad, Doña Catalina se levantó de su silla, se acercó a él, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

-Si ustedes nos quitan nuestros territorios, estas tierras se llenarán de sapos, piojos, y hormigas.

La predicción causó tal susto que el Gobernador decidió retroceder e irse de Amaicha.

Los valles son territorios que están en permanente conflicto, bajo la mirada de los terratenientes, sedientos de poder y dinero. La lucha de lxs diaguitas aún continua, no sólo por hacer valer su derecho a las tierras sagradas, sino también, para reivindicar su cultura.

Su sistema político rompe con todo sistema global impuesto. En Amaicha

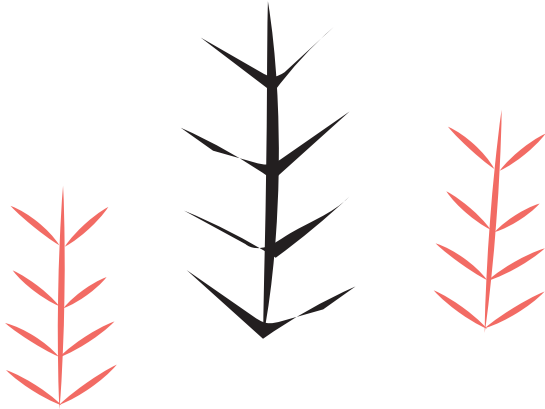
del Valle, las decisiones las toman lxs ancianxs, lxs gobierna un Cacique, la propiedad privada no existe y el idioma natal se enseña en los jardines.

Doña Catalina, con sus 95 años, aún sigue durmiendo sus siestas al sol. Un pañuelo rojo recubre su cuello, un sombrero marrón la protege de los rayos del sol y su poncho negro la cubre del viento seco y frío del mes de septiembre que cruza los valles. La radio suena fuerte, sin ningún dial que la acompañe, solo el ruido de la interferencia.

De vez en cuando un perro se acerca a ella en busca de comida, lo pelea porque mata sus gallinas. Su hija, al salir del trabajo, pasa a darle un beso y a barrerle el patio delantero de la casa, donde sobrevuela tierra todo el tiempo.

Un enorme mural registra que ese es su hogar. Allí está plasmada su cara redonda, sus ojos claros y las marcas de su grandiosa historia de vida: las arrugas. En sus manos lleva la alianza y también un anillo donde está esculpido el “Padre nuestro”.

Doña Catalina, descansa tranquila, porque sabe que los cardones erguidos e inmóviles que están en los cerros de Amaicha son indios convertidos en plantas, armados de largas espinas, que custodian los cerros y la vida de sus habitantes. Durante la primavera, desenvainan su flor blanca, color inconfundible de la paz.



PALABRAS FINALES

Desde Almas en el viento: la otra cara de lxs desaparecidxs emprendimos el camino por el reconocimiento. Somos parte de una sociedad en la que coexisten diversas identidades que se articulan entre sí y nos encontramos en un momento donde se están pensando nuevos horizontes históricos y políticos. Pero el discurso esencialista generó todos los estereotipos a los que hoy nos enfrentamos constantemente y es así como se reivindican aún los pensamientos colonizantes.

Es por ello que en este trabajo nos posicionamos desde un enfoque interseccionalista, comprendiendo que el género, la etnia, la clase u orientación sexual, como otras categorías sociales, lejos de ser “naturales” o “biológicas”, son construidas y están interrelacionadas.

A lo largo de esta investigación leímos a Gayatri Chakravorty Spivak en su libro *¿Puede hablar el sujeto subalterno?* (1988) donde planteaba que el mismo no puede hablar porque no tiene un lugar de enunciación que lo permita. El subalterno se constituye como una figura de la diferencia radical, del Otro que no puede hablar, no porque literalmente no pueda sino porque no forma parte del discurso. Fue así como comenzamos a comprender que estaba en

nuestro rol de comunicadoras el poder recuperar la voz de quellxs sujetxs subalternos que —en el caso de nuestra investigación— son los descendientes de pueblos originarios que durante la última dictadura cívico militar sufrieron persecución, secuestro y hasta desaparición, y de los que en las listas oficiales omiten su origen étnico.

El acercamiento a la comunidad mapuche-tehuelche “Vicente Catrunao Pincén”, el diálogo permanente con algunos de sus miembros, nos llevó a plantearnos diferentes incógnitas respecto de las comunidades originarias del país, y su participación en las luchas setentistas. Justo es reconocer que seguimos impregnados del pensamiento eurocentrista y negando, en consecuencia, nuestras raíces. Estamos casi convencidos que la sangre de lxs primigenixs habitantes de estas pampas ha sido derramada definitivamente, o que las pocas venas por las que aún circula están perdidas en las selvas, las montañas o los montes. Y en ocasiones, al nativo lo confundimos con algún hermanx latinoamericano que llega a nuestro país en busca de trabajo.

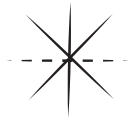
Paradójicamente aspiramos a ser iguales a quienes nos colonizaron imponiendo su religión, su idioma y su cultura sobre una América que, pese a todo, aún resiste desde las entrañas de la Pachamama. Pese a todo, decimos, y nos referimos particularmente al manto de olvido y desconocimiento con que se ha pretendido ocultar la presencia siempre viva de los hombres de esta tierra y la lucha por la reivindicación de sus derechos. Es tan así que la efervescencia política de los ’70 también llegó a la comunidades indígenas, pero son muy pocos los registros que cuentan con esta información. Los pueblos originarios pelearon por sus tierras, por su cultura y por la emancipación.

Durante el proceso de investigación nos encontramos ante la falta de información sobre el tema. Los relatos orales, típico de las culturas ancestrales, nos sirvieron para comprender qué había sucedido con ellxs durante la dictadura militar Argentina y así poder producir relatos que habiliten la discusión en torno a la memoria y el estatuto del desaparecidx. Llegamos a la conclusión de que la marginalidad y la discriminación fueron factores claves para no

revelar el origen étnico de estos militantes, situación que arrastraban desde la “conquista del desierto”.

La ideología revolucionaria de los años 70 no contempló la diversidad de los militantes, sino que los consideró -a todos por igual- luchadores contra la explotación y por una revolución que pariera una sociedad igualitaria, y no tuvo en cuenta las ancestrales cosmovisiones que movilizaron a tantos nativos en esa misma lucha. Esa invisibilidad que seguramente no fue malintencionada, lleva a que hoy los Organismos de Derechos Humanos contemplen a los indígenas únicamente como parte del colectivo militante, y por ende no forman parte del estatuto del desaparecidx, a pesar de que su origen los haya sometido a un surplus represivo.

Deseamos que *Almas en el viento: la otra cara de lxs desaparecidxs*, colabore en generar la constitución de nuevas gramáticas para la conformación de voces, desde nuestro rol como agentes intermediarixs entre el Estado blanco y los pueblos originarios, generando condiciones de audibilidad para que esas voces sean escuchadas no solo porque es un derecho inalienable, sino también por todo el aporte que pueden hacer, desde lo más profundo de su cosmovisión, a esta realidad actual.



“ALMAS EN EL VIENTO”
La otra cara de lxs desaparecidxs

Libro de Crónicas

